Harvard College Library



CAMPAÑA HEROICA

OBRAS DEL AUTOR

—

PUBLICADAS

—

Tres Tumbas (Poema en verso)........ ....B	1,
La Despedida..	1,
Semblanza del Doctor J. M. Jáuregui, con retrato de él......................................	1,50
Ecos de la Patria (Poesías).......................	1,
Poesías escogidas, con retrato del autor..........	2,
Epifanio Mora (Esbozos biográficos y juicios literarios)	0,75
Breve Reseña de los principales sucesos que en el orden político, social, económico y religioso, se han verificado en La Grita, durante el período de 1800 á 1900......................	0,50
CAMPAÑA HEROICA................................	

Se venden en La Grita, en el establecimiento del señor Temístocles Guerrero.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO

CAMPAÑA HEROICA

ESTUDIO HISTÓRICO-MILITAR

DE LA CAMPAÑA

DIRIGIDA EN VENEZUELA POR EL GENERAL CIPRIANO CASTRO,

COMO JEFE DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL RESTAURADORA,

EN 1899

CARACAS
J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1903

A la ilustrada Dirección de
El Cojo Ilustrado.
El Autor.

Caracas: VI - XXII - 1.903.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO

CAMPAÑA HEROICA

ESTUDIO HISTÓRICO-MILITAR

DE LA CAMPAÑA

DIRIGIDA EN VENEZUELA POR EL GENERAL CIPRIANO CASTRO,

COMO JEFE DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL RESTAURADORA,

EN 1899

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1903

INTRODUCCION



INTRODUCCION

I

La guerra es una consecuencia del movimiento brusco de la humanidad.

Nacida con el hombre, ha sido su compañera en la jornada de los siglos.

En ningún período de la historia, la espada ha dejado de producir sus lampos, ni la sangre, de correr á torrentes.

Fecunda ó no, la guerra es un hecho que tiraniza y liberta, que mata y vivifica, que sepulta hombres é instituciones y descorre el velo á auroras de redención y promesas de gloria, á ideas evolutivas, que transforman la tierra y enrumban por derrotero

antes ignoto las aspiraciones de las sociedades.

Sublimes ideales han emergido del campo ardiente de las batallas; y en el humo de la sangre ha aparecido envuelta cada etapa del camino del progreso.

Las razas antes desconocidas, al contemplarse por vez primera, se han sentido atraídas al estadio de la lid; pero ese choque espantoso ha sido siempre el beso de paz, que ha producido las relaciones de los pueblos, las transfusión mutua de las ideas, la endosmosis recíproca de la vida.

Al toque de las dianas vencedoras se ha mecido la cuna de los imperios seculares; y el fúnebre estampido del cañón ha anunciado los espasmos de la agonía de poderosas y vetustas dominaciones.

Tantos siglos de lucha, y de lucha sin cesar, hicieron de la guerra objeto del estudio del hombre, y fué entonces sometida á reglas, que multiplicaron el poder de los ejércitos y el valor de los soldados. El éxito de las batallas no dependió ya tan sólo de la energía individual, sino de la oportunidad de las evoluciones, del talento y de la táctica de los Jefes.

Empero, ese poder para encadenar la victoria con los recursos del ingenio, sólo es dón de organizaciones excepcionales, nacidas—como las águilas—para flotar mejor donde el abismo atrae y el solo aspecto del peligro mata. Por éso la historia, en el des-

file portentoso de las generaciones, sólo ha recogido los nombres de muy pocos guerreros. Sesostris, Moisés, David, Semíramis, allá en la cuna de los tiempos históricos; Milcíades, Temístocles, Epaminondas, Pericles, Ciro, Alejandro, en la grandeza de los pueblos helenos y del Imperio Persa; Aníbal, Escipión, César, en los días clásicos de Roma; Alarico y Atila, cuando el destino de los países inspiró el degüello de las razas para amasar con su sangre las generaciones del porvenir; Rodrigo Díaz de Vivar y Carlo Magno, en las tinieblas de la Edad Media; Tamerlán y Bayaceto I, en la noche de los pueblos bárbaros; Carlos V y Hernán Cortés, al surgir de entre los mares el Continente Americano; Federico el Grande, Gustavo Adolfo, en el siglo de la Filosofía; Napoleón, al morir las Monarquías absolutas, y Washington y Bolívar, al advenimiento de la República, en la alborada del Derecho, de la Justicia y de la Libertad.

Las grandes Causas inspiran el talento militar: por éso nuestra Guerra Magna tuvo estratégicos admirables y tácticos superiores. La campaña de Páez en nuestros Llanos y la de Sucre en el Perú, son pedestales de gloria para contener estatuas de coloso. Allí hay muchas evoluciones qué admirar, concepciones felices y ejecuciones portentosas que reclaman el estudio y aplauso de los inteligentes.

Del choque de las pasiones políticas en

el decurso de nuestra vida republicana, había surgido ya un militar célebre, que imprimió su nombre en el mármol de la Historia y entregó sus proezas á la trompa de la Fama: Zamora. Nació con la chispa del talento guerrero, y no tuvo más escuela que los campos de combate, donde aprendió á vencer, al choque de las espadas y entre el humo de los fusiles y cañones.

Hoy Venezuela cuenta con un verdadero militar.

El General Castro se ha erguido en Tocuyito y La Victoria para darse la mano—al través de los noventa años de la República—con el Genio de la Epopeya Americana.

Sus campañas tienen el sello de la grandeza, y sus victorias, la resonancia de los tiempos.

No triunfa por combinaciones del acaso, sino por la fuerza indefectible de sus cálculos.

Dotado de extraña intuición, antes de una campaña prevé hasta el último suceso; y cuando ya está frente al enemigo, con ese golpe de vista que lo distingue, en un instante le mide su potencia, la capacidad de sus Jefes, el espíritu de sus soldados, el mérito de sus armas y las ventajas de sus posiciones; le adivina sus planes de combate, calcula el principio y duración de éste y prevé hasta el ínfimo detalle; de modo que llegado el momento, nada falta, ni ninguna combinación sucumbe, ni ninguna previsión deja de producir su efecto.

Vino á la vida, como apareció Marte: armado para combatir.

Como Carlos XII de Suecia, hubiera exclamado también el primer día que oyó el silbido de las balas: «En adelante, esta será mi música mejor.»

El aire de los campamentos vivifica su organismo, y el humo de los fusiles le sirve como de lente que multiplica su visión.

Pero no es sólo la alta concepción de la guerra su brillante cualidad: tiene todos los caracteres del hombre superior, que marca una época con su pensamiento é imprime nuevos rumbos á las corrientes vitales de un país.

II

En el hombre, nada hay más grande que el carácter.

Es la cima á donde concurren todas las líneas del espíritu; es el eje á cuyo redor gira toda virtud.

Sin el carácter, el hombre se doblega ante las contrariedades; con él, lucha hasta con la naturaleza, y la vence.

La Historia no exhibe á ningún hombre superior que haya estado destituido de esa cualidad.

«Mis órdenes son rayos, que, ó matan ó

pasan,» decía Filipo de Macedonia. «Podré quebrar; pero doblarme, nunca,» exclamaba el Cardenal Cisneros. «Cuando yo tomo una resolución, decía el gran Richelieu, sigo derecho á mi objeto, y entonces corto, tajo, vuelco y lo derribo todo, y todo lo cubro con mi sotana roja.»

El General Castro siempre se ha distinguido por la alteza de su carácter.

Delibera antes de proceder; pero una vez que ha deliberado, es inflexible en la ejecución.

Siete años maduró el problema de reconstruir el edificio de la Patria; pero una vez que puso el pié en tierra venezolana, nada le detuvo en su camino. Ni la pequeñez de su ejército, ni lo rudo de la brega, ni lo largo de la jornada conmovieron su temperamento de atleta. En la fatiga se fortalecía su espíritu, como Anteo recobraba las fuerzas al tocar el suelo. Cada contratiempo lo traducía como un triunfo; cada deserción de los suyos, como una ventaja; cada encuentro con el enemigo, como un pedestal para su gloria.

Traía, además, la convicción que distingue á los videntes.

A cualquier cobarde pudiera haberle dicho como César á su barquero en la tempestad del Adriático: «No temas, me llevas á mí y á mi fortuna.» Como Colón, se habría lanzado á los mares en un esqueleto

de carabela, convencido de que las tormentas respetarían su persona.

Cuando en 1899 dió el grito de guerra en la frontera de Colombia, se proclamó, y con justicia, «siempre vencedor, jamás vencido;» en todas sus proclamas de guerra, anunció la indefectibilidad del triunfo, como corona de su campaña; y en julio del presente año, cuando el horizonte del País estaba entenebrecido, y todos los sucesos conspiraban en su contra, su fé inquebrantable fué más firme que nunca, y bien pudo asombrar con estas palabras estupendas: «Me encuentro con la capacidad que se requiere para cumplir la misión con que me ha investido la Providencia, y quiero hacerme digno de esa misión. Hombreándome con los conflictos de la paz, y alzando mi talla, si preciso fuere, por sobre las contrariedades mismas de la naturaleza, yo encadenaré los sucesos y los sujetaré al carro de la Victoria en el campo mismo de la rebelión.

«Voy á comunicarle á las operaciones de la guerra el entusiasmo de mi fé, el nervio de mi actividad y la eficacia de mi dirección personal. Ya veréis cómo, con el heroísmo de mis soldados y la lealtad de mi fortuna, arranco del seno ardiente de las batallas, paz para la vida nacional, garantías para la vida ciudadana, estabilidad para el progreso, prestigio para las instituciones, y, purificados en los crisoles del

sacrificio y del dolor, los elementos con que hemos de construir el nuevo edificio de la regeneración nacional.»

Nunca promesa alguna tuvo más exacto cumplimiento. La Victoria y San Mateo atestiguan la superioridad de un Jefe sobre las masas informes de los humanos. Allí, como en los campos del Gránico y del Ifiso; como en Leutres y Mantinea; como en Canas y Trasimeno; como en Farsalia y Otumba; como en Auterlitz y en Jena; como en Carabobo, Boyacá y Junín, quedó ungida su frente de guerrero, y le fué abierta la portada de luz por donde se entra en el Alcázar de la gloria.

Si los hechos anteriores, por extraordinarios, habían sido objeto de dudas y de vulgares interpretaciones; si el odio del adversario había tratado de eclipsar sus laureles y obscurecer su mérito, allí deslumbró á todos con el rayo de su genio, ratificó las proezas de su poder, y dejó esculpida su superioridad en el granito indestructible de los tiempos.

Sus claros timbres, como militar, son ya sagrados. Tienen el veredicto de los hechos, que es la más alta autoridad en materia de sanción.

Con todo, nada valdrían sus cualidades de guerrero; nada su indiscutible valor personal; nada el poder sugestivo con que subyuga y domina á sus soldados, si esas dotes no las pusiese al servicio de sublimes

ideales, que son los únicos que vencen y hacen perdurable la victoria.

Nada significa en la economía de la humanidad, la feroz bravura con que Gengiskán triunfó un día sobre todos los pueblos del centro del Asia y estableció su dominación mongólica; nada, el indómito valor con que Bayaceto I hizo temblar á medio mundo, y la asombrosa actividad en sus movimientos bélicos, por la cual mereció que se le apellidase El Rayo; y nada, la actitud de Marte Olímpico con que Tamerlán recorrió el Asia vencedor, dejando los desiertos convertidos en mares de sangre, las playas de los ríos blanqueadas con los huesos de los muertos y los campos de sus victorias marcados con pirámides de cráneos humanos. Esas dotes marciales en nada han influido para la marcha del progreso, ni con los fulgores de esos triunfos se ha llevado un solo rayo de luz á las tinieblas de la vida para impulsar siquiera un punto el gran día de la civilización.

En el mundo no hay sino un verdadero poder: la idea. Todo lo demás se desmorona y pasa, como pasan las ilusiones de los niños, como las irisaciones de la luz, como las sombras de los objetos.

Sólo las ideas resisten las tempestades de los siglos, y producen frutos cuya semilla no se acaba.

Con una idea fundó Moisés el más admirable de los pueblos antiguos; y con una

idea transformó Jesús las tendencias de la humanidad.

Las revoluciones que han subvertido la uniformidad de la historia y abierto nuevos rumbos á las corrientes de la vida, son aquellas que ha inspirado una idea. Donde ésta no existe, el hombre se agita en vano, y sus luchas son tan estériles é inútiles como la lucha de los cetáceos en los mares, ó la de las fieras en los bosques.

El General Castro es un hombre de ideas. Durante su asilo en Colombia, pudo muchas veces invadir el País, para conquistar celebridad ó adiestrarse en el arte bélico; pero jamás lo quiso. Desde playa extranjera contemplaba con dolor los desastres de la Patria, y estudiaba en el libro del pensamiento y en el libro de la Historia, la manera de aliviarle sus dolores, pero nunca pensó en el proceso de las armas como redentora medicina, sino que esperó la evolución inteligente y sabia en el seno mismo de la paz.

Empero, cuando un día la voz de la Representación Nacional se dejó oír; cuando los Diputados del pueblo llamaron á la defensa de las instituciones patrias, él se presentó en tierra venezolana, armado de punta en blanco, casi solo, pero confiado en que la razón y el derecho tienen siempre de su parte al Dios de las Naciones. Y aun entonces, no se presentó sin traer como programa de su revolución un nú-

cleo de hermosas ideas, que vinieran á caer en el suelo patrio á manera de rocío fecundante, ó de pródiga y benéfica simiente.

El quiso cegarle al País los torcidos senderos por donde marchaba al abismo de su ruina, y abrirle, en cambio, nuevos y esplendorosos ideales, que pudiesen conducirle á su tierra de promisión;—rasgarle el libro de sus ajados procedimientos, trocándolos por ótros de verdad y de justicia, de moralidad y de bien;—y atraer á las esferas oficiales á todos los hombres inmanchados con el desprestigio de las administraciones muertas, y en especial, á la juventud, que es la que lleva siempre en su mente soñadora el espíritu del porvenir; á la juventud, que es la que tiene en la sangre de sus venas el heroísmo para la inmolación por los grandes ideales; á la juventud, que es la que puede presentarse á la vida pública con la frente levantada porque no la ha doblado nunca, y que puede esperar en pie las contrariedades y los conflictos, porque sus músculos crurales no están acostumbrados al doblamiento de rodillas.

El desenvolvimiento de ese sintético programa es amplio, como amplias son las manifestaciones del Derecho, como múltiples son las formas de la libertad.

El impone á todos, y ante todo, el heroísmo de la verdad y el heroísmo del deber; que el engaño y la mentira huyan de la

vida pública; que sea la buena fe la inspiradora de todos los actos y la ejecutora de todas las promesas; que en los altares de la Patria se ratifique para siempre la consagración de la vida humana,—que es de Dios,—y la libertad de sus hermosos atributos, que son la diadema de soberano que lleva el hombre sobre la sien; que sea intangible la propiedad, que es parte del individuo, porque no es sino el sudor de su frente transformado en cosas y en derechos; que el hogar doméstico sea inviolable, porque es el santuario donde el sentimiento del alma tiene culto, y donde el honor de la familia tiene altar; que la enseñanza del pueblo sea efectiva, porque las Naciones han nacido—como los astros—para moverse envueltas en luz, y la ignorancia es sombra, y el error es noche; que los caminos puedan transitarse con entera libertad, porque el hombre no vive, como las plantas, adherido al suelo, sino andando incansablemente para realizar en el movimiento el destino de la vida; que la justicia sea el supremo recurso de los débiles en la lucha con los fuertes; que la renta pública, que es sudor del pueblo, vuelva al pueblo en obras de benefacción y de utilidad, y que la vida civil y política no sean costosas para el hombre, porque entonces es preferible huír á los desiertos y á los bosques, donde el tigre y la pantera no pagan derechos por andar, ni el

ave por fabricar su nido, ni la industriosa abeja por transportar en sus paticas la regalada mercancía con que elabora sus panales. Y por último, que el Gobierno no sea un ente estacionario, un hidrópico que espera en su silla de extensión los estertores de la muerte, sino un sér activo en el trabajo, que multiplique en el País las fuentes de producción; que introduzca nuevos cultivos y nuevos trabajadores; que forme la industria patria, porque las Naciones sin industria son parásitas del globo; que proteja al agricultor con garantirle su seguridad individual y con fundar Bancos agrícolas que le independicen su trabajo; que abra á la riqueza las válvulas de su circulación; que levante el espíritu nacional á la grandeza y á la gloria; que atraiga todas las conquistas de los países cultos, y que descubra horizontes á la vida, campos de actividad á la inteligencia y fuentes de legítimo placer al corazón.

Todo eso significa el hermosísimo programa: « Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos ».

Si él no se ha convertido en una tangible realidad, culpa no es del Jefe de la Restauración. Todo ha conspirado contra él: hombres incapaces de la grandeza del bien, provocaron en unas partes las iras del pueblo; corazones empequeñecidos y leprosos desertaron en ótras del honor y del deber; la guerra, inmotivada y crimi-

nal, inflamó por doquiera sus antorchas incendiarias; la espantosa situación económica del País negó todos sus recursos para la ejecución de obras útiles; conflictos internacionales, debidos á actos de las administraciones pasadas, reclamaron atención preferente; y todo el organismo social, viciado por antigua dolencia, se rebeló contra las nuevas corrientes de la vida nacional.

El mismo General Castro lo ha dicho con laradiante energía de su estilo inimitable: «El esfuerzo de mi labor política, eminentemente conciliadora, y la honrada sencillez de mis propósitos de armonía en el seno de los intereses públicos, ha tropezado con ese desbordamiento desconsolador de infidencias y traiciones, de intolerantes ambiciones y de culpables inercias, que han llevado á mi espíritu, junto con la amargura de tristes desengaños, el convencimiento de que esta obra política, si ha de ser sólida y perdurable, necesitamos levantarla desde sus cimientos, de manera que se sostenga por la virtualidad de sus propias fuerzas, y no como hasta ahora, por las falsas combinaciones de los intereses del momento, en que las más de las veces entra el cálculo egoísta antes que las legítimas conveniencias del bien público».

Todo ese conjunto de luminosos principios, bien demuestra que la Revolución

Restauradora traía no sólo la fuerza que conquista el triunfo, sino también las ideas que consolidan la victoria; y que su invicto Jefe, no es sólo el guerrero aventajado que abre surcos en la tierra con la punta de la espada, sino también el inteligente cultivador que riega en esos surcos semillas de pensamientos para que se reproduzcan en frutos de bien.

Soy enemigo de la guerra por educación y por doctrina. La considero como un resto de la barbarie, que desaparecerá un día del banquete de la civilización. Pero puesto que hasta hoy es un hecho que tiene en su abono la sanción de los siglos; puesto que aún vive con palmas y laureles en medio de los países más cultos; puesto que un egregio Capitán es orgullo de un pueblo, lustre de una generación y antorcha que ilumina un período de la Historia, me complazco de que Venezuela tenga hoy—como guardián de sus derechos—á tan excelso militar, y quiero presentarle el tributo de mi admiración, estudiando su más gloriosa campaña á la luz de los principios consagrados por el arte de la guerra. Eso explica la presente obra.

Llamo Campaña Heroica la que realizó el General Castro en 1899, partiendo desde las fronteras del Táchira con Colombia hasta llegar triunfador á esta ciudad; y la divido por fuerza de los hechos en

dos partes perfectamente caracterizadas: CAMPAÑA DEL TÁCHIRA é INVASIÓN AL CENTRO.

III

Termino la obra con unas consideraciones generales sobre las nobles prácticas que el Jefe de la Restauración introdujo en el militarismo venezolano.

El probó que se puede hacer la guerra sin extorsionar á los países y sin llevar la devastación á todas partes; que el soldado, como todo ciudadano, tiene leyes, que lo sofrenan, y deberes, que lo dirigen; que el fin de la guerra no es destruir sino vencer; y que por ende, los revolucionarios que se levantan sin ideal y sin bandera, talándolo todo como la avenida ó el ciclón, arrebatando derechos y lavando la tierra con la sangre de indefensos y sencillos labradores, no son, no pueden ser sino prosélitos de la barbarie, miserables salteadores, enemigos de la Patria, de la honradez y del bien, para quienes las cárceles no serían suficiente castigo, ni el menosprecio público suficiente humillación......

En cuanto al criterio que me ha guiado, es el alto y sereno de la Historia. Ni he arrebatado méritos al vencido, ni escatimado glorias al vencedor.

Como he llegado al campo de la contienda pública sin odios viles ni insensatas pasiones, jamás he proferido una palabra hiriente para ningún luchador. El insulto es la flor de los cerebros estériles. La razón sólo discute con verdades. Por ideas no se odia. Juzgo un crimen llevar la mano á la frente de un hombre para insultar la majestad de su pensamiento. El respeto á lo respetable es el pedestal de la honradez. La justicia es la norma de todo juicio humano, y el odio y la justicia no se abrazan jamás.

Mi obra no es de pasión; es de criterio.

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

CAMPAÑA DEL TACHIRA

I

Todos los grandes Capitanes de la Historia han tenido su táctica especial, con la cual han arrebatado al enemigo—en el campo de la lucha—los laureles de la victoria.

Filipo de Macedonia organizó un día su invencible *falange*, y con la sola batalla de Queronea, encadenó á la hermosa patria de Homero y Praxiteles, vencedora en otro tiempo de las huestes asiáticas en Maraton y Salamina, en Mícale y Platea.

Alejandro, con la misma poderosa arma de combate, y con su sistema de cargar sobre una ala del enemigo hasta destruirla, para ir luego á atacar por retaguardia la otra ala y el centro, se lanzó á las entrañas del Imperio Persa, derrotó á cien mil soldados en las riberas del Gránico, venció á Darío en la ciudad de Isso, y en la batalla campal de Arbelas, impuso su pesado yugo á los muelles y degenerados adoradores del fuego.

Epaminondas inventó su célebre *orden oblicuo*, y con él soterró á los Lacedemonios en las clásicas batallas de Leutres y Mantinea, é hizo brillar por un momento á los Tebanos como un pueblo que entraba armado de punta en blanco en el rol de las Naciones guerreras.

Roma creó su temible *legión*, y con ella, gloriosos Capitanes recorrieron vencedores el mundo entero, cambiaron la faz de la tierra, fundaron reinos, destruyeron vetustas dominaciones y trajeron cautivos á sus cárceles á todos los reyes enemigos, y cautivos al Capitolio, á los dioses de todas las religiones.

César, con su *infantería media* y con hábiles maniobras del momento, fué de victoria en victoria hasta el fondo de las Galias, tocó á la puerta de los templos druídicos y se sentó bajo sus sagrados encinares; y luego, coronado de triunfos, regresó á dominar á Roma y á destruir en

las llanuras de Farsalia la arrogante soberbia de Pompeyo.

Gustavo Adolfo y Carlos X resucitaron la táctica del héroe tebano; y Napoleón, el asombro de los siglos guerreros, reunió todos los movimientos del arte antiguo, y con el poder de su esplendoroso genio, siempre supo en el momento necesario, aplicar la táctica que más convenía y deducir el resultado que más le interesaba. Con todo, en su admirable campaña de Italia, casi siempre triunfó cayendo como un proyectil sobre el centro del enemigo hasta destruirlo, para dejar luchando sin plan ni concierto á las alas, que bien pronto venían á caer en las garras de sus leones.

El General Castro se ha distinguido también por su estrategia, y por sus hábiles combinaciones en el momento de la batalla.

Instruido en la historia del arte militar, nada desconoce de las tácticas que han salido arrogantes en las pruebas de la experiencia, ni de los movimientos célebres, con que han forzado sus triunfos los más ilustres guerreros; pero su principal poder está en el convencimiento profundo que tiene de la victoria; en la sugestión que ejerce sobre sus soldados hasta obtener que en ellos se agite como cerebración inconsciente esta idea: vencer; en el acierto con que hace la elección de

sitio para librar la batalla; en la penetrante mirada con que abarca el campamento enemigo hasta descubrirle la *clave de la posición*, la cual ataca vigorosamente produciendo así el desconcierto y la derrota; en la oportunidad con que ordena la carga cuando el contrario pierde la serenidad y la firmeza, y por último, en el discreto uso que sabe hacer siempre de la reserva.

Todo ello quedará comprobado en las breves páginas del presente estudio.

II

Siete años hacía que el General Castro estaba asilado en Colombia.

En su hacienda de Bella Vista, vivía contraído al trabajo, á la lectura, y á la meditación en los grandes problemas que se prometía resolver para resucitar de la tumba á ese Lázaro querido que yacía muerto: su Patria.

Un día, los errores del Gobierno rebosaron en la copa de la iniquidad, y una parte del Congreso Nacional excitó el patriotismo del pueblo venezolano para que concurriera á reivindicar los derechos conculcados y la dignidad patria ofendida.

Desde el fondo de su gabinete de lectura, contestó á este llamato del deber:

«Loor á esos campeones de la libertad «y del derecho, veteranos del verdadero «liberalismo venezolano.

«Compatriotas:

«¡No más farsas, no más tiranías, no «más opresión!

«Empuñad las armas con el único y «exclusivo fin de reivindicar vuestros de«rechos conculcados y de salvar la hon«ra de la Nación venezolana, que es vues«tra propia honra; pero juremos ante el «sagrado altar de la Patria, á la vez que «olvidar nuestros justos resentimientos, no «deponer las armas hasta ver coronadas «nuestras legítimas aspiraciones.

«Así pues, nuestro único móvil debe ser «el cumplimiento del deber; nuestro úni«co lema, la justicia; nuestra única ense«ña, la libertad.»

«Soldados:

«Vosotros me conocéis bastante, y sa«béis que siempre vencedor, jamás venci«do, al cumplimiento de mis sagrados de«beres de patriota y de liberal, lo he sa«crificado todo: sabéis que soy incapaz de «una cobardía y de una infamia.

«El árbol de la libertad exige vuestro «contingente de sangre una vez más: vo«lad á ofrendarlo con ese valor legenda«rio que os es peculiar.

«Vuestra consigna es vencer ó morir.»

Y con esas ideas eminentemente patrióticas, con ese valor que raya en los límites de la temeridad, con esa confianza en el poder de su genio y en los favores de la fortuna, se lanzó á la más atrevida de las empresas y realizó la más sorprendente de las campañas.

Unas pocas armas, corroídas por la acción del tiempo; escasísimos pertrechos, y sesenta compañeros, que son sesenta héroes, fueron todos los elementos con que invadió á un país que en pocos días podía levantar cincuenta mil soldados, de los mismos que asombraron á Morillo en Margarita, que entonaron las dianas de Carabobo y San Félix, que hicieron históricas las creaciones mitológicas en las Queseras del Medio, y que después de libertar á Venezuela del yugo peninsular, fueron á reivindicar los derechos de las naciones hermanas en Boyacá y Pichincha, Junín y Ayacucho, y á plantar victoriosa la enseña tricolor en las enhiestas alturas del Chimborazo y el Potosí.

En el silencio de la noche atravesó el río Táchira, y cuando el sol del 23 de Mayo emergió tras las colinas del Oriente, el pequeño ejército había establecido su cuartel general en la plaza de Independencia, ebrio de entusiasmo y dispuesto á ejecutar prodigios y á realizar maravillas.

Al redor del héroe andino estaba un

grupo de jóvenes militares, que debían resucitar en nuestra Historia las proezas de Piar y Campo Elías, de Urdaneta, de Sucre y de Páez. Veíanse allí, el General Gómez, hasta entonces ilustre por la honradez y el trabajo, ahora esclarecido por su valor y su lealtad; José Antonio Dávila, joven por los años, veterano por su destreza en combatir y en triunfar; Pedro María Cárdenas, á quien se pudiera calificar como á Bayardo: CABALLERO SIN MIEDO Y SIN TACHA, y sus hermanos, héroes del trabajo en la paz, asombros de valor en los combates; Luis Varela y Obdulio Bello, brazos forjados para la espada, corazones—de alba á tarde—abiertos para el bien; Jesús y Rafael María Velasco, siempre caballerosos y serenos; Carmelo y Trino Castro, José María García y Eliseo Sarmiento, casi niños por la edad, risueños ante el silbido de las balas y el rimbombar estruendoroso del cañón; y tantos ótros, militares imberbes los más, pero de corazón templado en la fragua de los Cíclopes, como que su cuna se meció—frente al nido de las águilas—en aquellos desfiladeros vertiginosos de las montañas andinas, donde nace el trueno, enciende su lumbre el rayo y agita sus vigorosas alas el huracán.

El mismo día habían levantado la bandera de la rebelión, en el Norte, Régulo Olivares, valiente, honrado y noble, y de

quien sus adversarios han dicho como del gran Turena: «este hombre hace honor al hombre»; en Lobatera y Michelena, Maximiano Casanova y Juan Figueroa, esforzados y leales; Santiago Briceño, pluma y espada, Cubillán y los Sánchez, en Táriba; Prato y los Amayas en Zorca; Román Moreno, tan caballeroso como valiente, en Rubio, y en la Sección Mérida, José María Méndez, desgraciadamente muerto al comenzar una carrera de gloria; Gerónimo Maldonado, que á los veinticinco años ostentaba en la sien el laurel de Hipócrates, había escrito libros reveladores de un gran talento y merecía ser Jefe de Estado Mayor del Ejército de Mérida, y Pedro Araujo Sánchez, tan modesto y sencillo como valiente y leal.

III

Aquí empieza la obra verdaderamente admirable del General Castro.

Desde ese día, su talento irradia como un sol del zenit, que deslumbra á todas las miradas y encadena á todas las voluntades.

Una de las condiciones de éxito más importantes en toda empresa humana, es la actividad.

Sin ella, la concepción más feliz se consume y muere, y las esperanzas más hermosas vuelan como aves tristes del nido de nuestra mente.

Por inactivo, el lirón no conoce en toda su vida más que el árbol que le vió nacer; y el haragán ve llegar á las puertas de su choza al espectro de la miseria y sucumbe en medio del infortunio y el dolor.

En la guerra, la actividad constituye la mitad del éxito.

Todos los grandes militares se han distinguido por una increíble prontitud en sus operaciones. Bayaceto I mereció ser llamado EL RAYO por la actividad en sus movimientos; Belisario caía sobre el enemigo cuando éste le creía á muchas leguas de distancia; el gran Condé pensaba hasta en el sueño, y muchas veces empezó á dictar sus órdenes dormido; y Bonaparte asombra por la rapidez en sus concepciones y la celeridad en la ejecución.

El General Castro es un guerrero de sorprendente actividad.

Hace de la noche día, y las horas del día las multiplica milagrosamente.

En un combate, pudiera decirse que es eléctrico, y tiene el dón de comunicar á sus soldados la fuerza de su movilidad.

Al amanecer del veinticuatro de mayo, ya tenía un regular pie de ejército, con

el cual se dirigió á la capital del Táchira, que juzgaba en poder de los subalternos á quienes encomendó apoderarse de ella; pero la operación se había frustrado, y al llegar á La Popa, altura que domina la ciudad, supo la infausta noticia, por lo cual se decidió él mismo á atacarla.

Dictando estaba sus órdenes, cuando tuvo conocimiento de que por el camino de Escaleras, venían las fuerzas de Rubio á reunirse con las de San Cristóbal.

La situación era delicada. Si atacaba á esta última plaza, podía quedar en medio de dos fuegos, ó cometía el error de dejar reunir en un solo núcleo, fracciones que podía batir al detal.

Su decisión fué rápida. Estaba ávido de librar el primer combate, para colocar sobre la frente de sus soldados la primera corona de laurel.

Cerca de trescientos hombres venían de Rubio, á las órdenes del valiente General Ramón Velasco y del Coronel Antonio Pulgar.

Como un relámpago en el cielo, brotó en su mente una idea feliz: batir al enemigo en Tononó, paraje que podía dominar con sus fuegos desde la cuesta que de esta aldea conduce á La Popa; é inmediatamente voló allá, á tomar posiciones.

Serían las tres *post meridiem*. Se había

prohibido el paso de toda persona que pudiera alertar al enemigo.

De pronto, éste se presentó. Una descarga de fusilería cayó sobre él; la bandera tricolor se izó en los puntos culminantes de la cuesta, y el clarín guerrero dió sus voces al aire tocando uno y catorce.

El enemigo, qúe venía marchando en columna cerrada, y que por su impericia no había adelantado un espionaje, ni una patrulla de reconocimiento, ni traía siquiera una mosca que le diera informaciones sobre los peligros de la vía, quedó atónito y desconcertado ante aquella descarga inesperada, y por un momento pensó esquivar el combate; pero forzado á la lucha, por las hábiles maniobras que con admirable previsión había practicado el General Castro, se desplegó en orden de batalla, y con la energía y bravura del soldado tachirense, respondió á los fuegos enemigos, avanzó con sus banderas desplegadas, y pretendió trepar la cuesta con audacia propia de quien siente dentro del pecho las tempestades del valor; pero fué rechazado vigorosamente y con pérdida de su primero y segundo Jefes, cuya caída, y el empuje irresistible de las fuerzas restauradoras, lo pusieron en completa derrota, dejando en el campo de la lid, todas sus armas, pertrechos y bagajes, heridos y muertos.

Treinta minutos habían bastado para que las armas restauradoras conquistaran su primer triunfo.

Aquello no fué propiamente una batalla: fué un choque rápido y terrible, en que el valor rayó en sus mayores alturas; el encuentro de dos nubes cargadas de electricidad contraria; la explosión de un volcán, que revienta á impulsos de dos corrientes poderosas de fuego subterráneo.

La elección del punto de combate, el ocultamiento al enemigo de las operaciones militares, la ocupación de las posiciones y el entusiasmo comunicado á las fuerzas para lanzarlas como avalancha sobre el enemigo, constituyen el mérito de esta acción, con que el General Castro inicia su celebérrima campaña, y en que obtuvo elementos de guerra que no tenía y con los cuales se preparó para arrancar al destino nuevas glorias, y á los campos de batalla, nuevos laureles.

El combate de Tononó me recuerda en nuestra historia patria, el día de Las Trincheras. El ejército lamentaba con verdadero dolor la muerte de Girardot, el Leonidas Americano, como le llamó Bolívar después de la gloriosa defensa del puente de Palacé. D'Elúyar, joven por cuyas venas corría sangre de héroes, con el corazón rebozado de ira y de pesar, voló con la impetuosidad de un ciclón á vengar á su ilustre amigo, chocó con las fuer-

zas de Monteverde, que venían en dirección opuesta, y desde la primer descarga, hizo que aquel campo semejase el encuentro de dos olas marinas: un solo zumbido se oía, mezcla confusa del piafar de los caballos, el chasquido de las espadas, los gritos insolentes de la ira, las explosiones de los fusiles y el eco retumbando de valle en valle y de colina en colina. Pocos minutos, y el empuje vigoroso de los patriotas ponía en completa fuga al enemigo, que huyó asombrado y medroso hasta ponerse á salvo tras de las fortalezas de Puerto Cabello.

No en todas partes se pelea con bravura igual. Sólo las razas jóvenes, acostumbradas á la lucha con la naturaleza bravía, no depauperadas por el vicio, que degenera y afemina, robustecidas con una alimentación reparadora y abundante, son capaces de abordar el peligro sin que el corazón palpite, ni la reflexión sofrene. La Esparta de los tiempos de Leonidas, y la Roma de Camilo y Escipión, no florecen en todas las regiones de la tierra ni se levantan al calor de todos los climas.

El valor que conduce hasta al sacrificio, es una cualidad sublime. No todos los hombres tienen la alteza de carácter que lleva á triunfar por una causa, ó á morir por una idea.

IV

El sol del 25 apareció esplendoroso y sereno.

Desde que las primeras claras del día rasgaron las tinieblas del Oriente, el ejército se puso en movimiento, y á las 8 (a. m.) siguió marcha hacia Rubio, en virtud de aproximarse por la misma vía, según informes, las fuerzas que venían de San Antonio al mando de los Generales Leopoldo Sarría y Pedro Cuberos.

De Rubio siguió por la cuesta de Capote; pero á poco andar, tuvo noticia de que el enemigo, al saber el combate de TONONÓ, resolvió irse á San Cristóbal por vía de MOCHILEROS. Inmediatamente contramarchó, y sumándose la fuerza del General Froilán Prato, que á la sazón salía por CANIA, empezó á trepar la cuesta de ESCALERAS para dirigirse á Capacho por el camino de los Indios.

Desde la altura de este cerro, divisó la marcha precipitada del enemigo; y con el propósito de adelantársele, siguió por vía de PERIBECA á TÁRIBA, á donde llegó en la mañana del veintiseis. El veintisiete, el ejército desfiló rápidamente camino de PALMIRA, para salirle al encuentro en los flancos de la montaña; pero á poco andar, se observó que ya subía la cuesta de GA-

LLARDÍN, á paso precipitado, para dirigirse por TOICO á San Cristóbal. El General Castro ordenó contramarchar, y con celeridad vertiginosa regresó á Táriba para continuar por vía de EL ESPINAL y LA VICHUTA, hasta ocupar LAS PILAS, punto adonde precisamente convergen todos los caminos que el enemigo podía tomar para descender sobre San Cristóbal.

Estos movimientos fueron dictados con el más feliz acierto, y ejecutados con increíble actividad.

En ellos se revela una estrategia admirable, un dón especialísimo para conducir la guerra—con precisión matemática—á un éxito infalible.

En esta contramarcha, el General Castro tenía que recorrer una distancia mucho mayor que la de su contrario; pero de tal manera graduó la marcha, que, cuando la vanguardia llegó á LAS PILAS, aun esperó algunos minutos para ordenar alto al enemigo con una descarga de fusilería que rompió el silencio crepuscular y dió principio á uno de los combates más atrevidos que haya librado el gallardo Jefe de la Restauración, y de consecuencias más valiosas para la prosecución de la campaña.

Serían las seis de la tarde.

El sol brillaba todavía entre los fastuosos celajes del Poniente.

El ejército revolucionario venía fatigado,

á causa de la vertiginosa marcha que había hecho.

Al pasar por LA PARADA, las fuerzas de San Cristóbal lo saludaron con repetidas descargas de maussers. «Esos fuegos no se contestan» fué la orden del General Castro, al ver que sus soldados pretendían disparar.

La situación en ese momento era por demás difícil. Las fuerzas que venían de San Antonio eran las de línea, mandadas por el General Leopoldo Sarría, Jefe de la Frontera con Colombia; y la gente colecticia del Distrito, á las órdenes del General Pedro Cuberos. Venían bien armados, conduciendo parque, y en número suficiente para dar una batalla con éxito caso de encontrarse inesperadamente con la Revolución.

El General Castro tenía pocos maussers: sus pertrechos no eran suficientes para un combate de larga duración, y además, iba á colocarse entre dos enemigos, el que venía y las fuerzas de San Cristóbal.

Pero él nunca mide la magnitud del peligro: al contrario, mientras éste es mayor, se abalanza mejor sobre él. En las diversas circunstancias de la vida, él nunca espera á la adversidad: la victoria es su inspiración; la confianza en sí mismo, su fuerza moral.

En esos momentos de terrible espectación, él no titubeó: ocupó la casa de LA PA-

RADA, con el fin de hacer frente á las fuerzas de San Cristóbal, y ordenó á la vanguardia y al primer Batallón que continuasen la marcha.

Al frente de ellos iba un grupo de oficiales de valor indómito: eran el Lanes, Ney, Soult, Massena y Murat del Bonaparte venezolano: Régulo Olivares, Jefe de la vanguardia, José Antonio Dávila, los Cárdenas, Castros, Rodríguez, Colmenares P., Bello, Aníbal Gómez y muchos más, tan esforzados como pundonorosos, aun en los riesgos más inminentes.

El enemigo, que venía arma en balanza, se abrió en disposición de combate al verse atacado donde menos lo esperaba. Los fuegos se encendieron: las descargas se multiplicaron: la luz de la pólvora iluminó el horizonte. Ya no se oye sino un ruido prolongado y siniestro.

De pronto, las fuerzas revolucionarias avanzan sable en mano: aquellas dos masas se encuentran: se oye un rumor huracánico y terrible: son dos avalanchas que rodando hacia un mismo abismo se encuentran y se dinamizan: son dos ciclones, que impulsados úno contra ótro, se confunden en explosión de luz y con estrépito espantoso: son dos océanos que rompiendo un itsmo, se chocan entre sí, asordando el espacio con su estruendo volcánico y aciago.

Allí se recordaron las famosas cargas que á lanza y á pica dieron las huestes caste-

llanas contra los árabes almohades en las sangrientas Navas de Tolosa; los combates del Cid Campeador, cuando al frente de los suyos y blandiendo en la diestra su acerada tizona, se abalanzaba sobre las turbas moras, dejando arrasado el campo enemigo, como la éra de trigo después que ha pasado la hoz del segador.

En esa confusión, hubo combates singulares, como á las orillas del Lago Regilo ó en los campos de Crecy; y obscuros soldados llevaron el sable sobre la frente de Jefes enemigos, para dejarles allí, en cicatriz imborrable, los caracteres con que escribe el odio las inspiraciones de su crueldad.

A las siete de la noche sólo se oían los últimos disparos, los gritos de *¡Viva Castro! ¡Viva la Restauración!*, el ay prolongado y triste de los heridos y el eco de tanto ruido que aún repercutía debilitado y confuso en las combas de las montañas y en las quiebras de las colinas.

El General Castro había estado durante todo el combate nervioso y convulsivo, librando las órdenes más terminantes, fatigando á su corneta con el no interrumpido toque de carga, y moviéndose—como un cuerpo imanado—en todas direcciones, cual si hubiese querido hacer á un mismo tiempo acto de presencia entre las fuerzas que combatían y las que á sus inmediatas órdenes esperaban también el momento de disparar.

De pronto empiezan á llegar vencedores, trayendo la nueva de la victoria. El enemigo había sido completamente destrozado. El General Sarría estaba herido y preso; el General Cuberos, muerto bizarramente en el campo de batalla; la dispersión de los vencidos era absoluta, y al huir, habían dejado todas sus armas, bagajes, municiones y banderas.

Sólo una voz lúgubre y dolorosa se oye en medio del entusiasmo del triunfo: una herida mortal había postrado en tierra al héroe de la acción, al bizarro Jefe de la vanguardia, al valiente Coronel Régulo Olivares, á quien el General Castro condecoró con las charreteras de General cuando no se habían disipado todavía, ni el humo de los fusiles, ni el alborozo de la victoria.

V

Durante el reinado de Luis XIV, el arte militar hizo en Francia notables progresos.

Guerreros famosos, Condé, Catinat, Luxemburgo, Vendôme, Louvois y ótros, llevaron victoriosas las armas francesas por todos los ámbitos de Europa.

Pero entre las muchas campañas, cuyos detalles recogió cuidadosamente la Historia, hay úna que mereció los elogios de Fede-

rico el Grande, y el aplauso del mismo Napoleón.

Francia veía con envidiosa mirada el gran desenvolvimiento marítimo é industrial de Holanda. Sus celos crecían diariamente, y al fin, el orgullo del poderoso monarca resolvió ponerles cortapisa.

Por segunda vez declaró la guerra á aquel industrioso País.

Una coalición se formó inmediatamente contra el gran Rey: todas las fronteras de Francia se vieron amenazadas, y aquél ordenó á sus valientes Mariscales salir en defensa del territorio nacional.

Sesenta mil coaligados, á las órdenes del denodado guerrero Montecúculi, invadieron la Alsacia, y pusieron por un momento al País en espectación.

El Vizconde de Turena parte hacia allá con veinticinco mil soldados. Eran los últimos meses de 1674.

Ante la superioridad del ejército enemigo, Turena no se decidió á combatir, y repasó los Vosges, y vino á replegarse en la Lorena, á fin de esperar allí el momento oportuno para iniciar una campaña en que la estrategia equilibrase á las fuerzas del enemigo, en que el talento militar venciese á los cañones de su adversario.

Llegó entre tanto el invierno. Las montañas se cubrieron de nieve, los ríos se helaron y la escarcha vistió con sus preciosas galas los campos y los valles.

Montecúculi, seguro por el auxilio de la naturaleza contra todo ataque, dispersó sus tropas para ir á buscar cuarteles de invierno.

Era lo que esperaba el General francés. Rápidamente reune sus ejércitos, y al través de los hielos y las nieves, desciende á lo largo de la cadena de los Vosges, que disimula sus pasos, llega al desfiladero de Belfort, franquea las montañas, cambia bruscamente de frente, y extiende su línea de estrategia á la izquierda del Rhin, pasando por Mulhouse, Colmar, Schelestad y Strasbourg.

El enemigo se queda estupefacto. La gente está regada al norte y al sur: órdenes violentas son trasmitidas; se requieren precipitadamente las armas, y cuando se piensa en la concentración, se ve que están divididos por la admirable disposición del adversario.

Turena espera tranquilo. Ha establecido una línea recta, y desde ella atenderá fácilmente á la gran curva en que habrán de moverse los coaligados.

Suena la hora de la lucha, y el éxito empieza. El 29 de Diciembre bate á únos en Mulhouse, el 5 de Febrero destroza á ótros en Turkheim; y el 11 de Enero siguiente acaba de arrojarlos más allá de las riberas del Rhin, diezmados y todavía palidecidos de estupor.

Las noticias de estos triunfos fueron recibidas en toda Francia con insólito al-

borozo. El nombre de Turena recorría toda la Europa en alas de la fama, y á su regreso á París, era saludado en el camino aun por aldeanos que venían de diez leguas de distancia tan sólo para verle. La Capital le honró con arcos de triunfo, las damas con coronas, el rey con su cordial admiración.......

Hé aquí una campaña soberbia, en cuyos movimientos estratégicos están modelados los que realizó el General Castro en El Táchira, del veintisiete de mayo en adelante.

Al día siguiente del triunfo en LAS PILAS, se retiró á Táriba á organizar su ejército, y á abrir planes para la prosecución de la guerra. Desde luego, fuerzas de su mando ocuparon los puntos dominantes de San Cristóbal, para imponer el rendimiento de la ciudad.

En Táriba, el ejército recibió en sus filas, con las mayores efusiones de regocijo, al sereno General Joaquín Garrido, que entusiasmado con los ideales de la Restauración, quiso retornar á los campamentos para reverdecer los laureles segados con su indómito valor en los días bellos de la juventud; á Guillermo Aranguren, que con su impavidez proverbial siempre supo levantarse por sobre las amenazas del peligro, y á Emilio Fernández, cuyo nombre voló en alas de la Fama después del ZUMBADOR, y cuya valentía quedó con-

sagrada con su propia sangre en el sitio immortal de Tocuyito.

Allí también, para el caso de que la campaña del Táchira se prolongase, el General Castro concibió la feliz idea de situarse en una línea dominante y estratégica, desde la cual pudiese atender á las fuerzas que el Gobierno Nacional mandase por Colón, y á las que el Gobierno del Estado enviase por el camino de La Grita, á la vez que pudiese tener de frente y acosadas, á las fuerzas de San Cristóbal: ninguna línea mejor que la trazada entre Táriba, Palmira, Mochileros y Borotá. Esa debía ser la base de sus nuevas operaciones, y el pedestal en que levantase su figura de guerrero, el nuevo Turena de las armas venezolanas.

Sus presentimientos se verificaron, y el plan ideado tuvo toda la fuerza de su concepción.

Pocos días habían trascurrido, cuando un posta le anunció la aproximación del General Morales al frente de mil quinientos soldados.

Previsivo el General Castro, con antelación había mandado, á las órdenes del General Froilán Prato, una parte de sus fuerzas para que, unidas á las que comandaba en Tovar el General José María Méndez, hiciesen frente á las que pudiesen venir de Mérida; pero desafortunadamente, después de seis horas de pelea en El Ta-

BACAL, hubieron de retirarse, abrumadas ante la superioridad del número.

Esta noticia no alteró la serenidad del Guerrero afortunado.

El, en los reveses de sus subalternos, cobra más energías, como Anteo cuando caía á tierra. En las circunstancias difíciles, es donde multiplica los recursos de su ingenio. Se goza en las tempestades de la vida como el alcatraz en las tormentas oceánicas; y de él pudiera decirse, lo que decían de Luis XIV sus mismos enemigos: « Tiene una fuerza de alma que le hace esperar aun contra toda esperanza ».

Su ejército subía ya á más de dos mil hombres, que obedecían sus mandatos tan ciegamente como los compañeros del Viejo de la Montaña. Confiado en ello, estrechó más el sitio de San Cristóbal para impedir toda comunicación con los sitiados, dejó al General Gómez al frente de las fuerzas restantes en Táriba, y con setecientos soldados, en el secreto más absoluto, salió al encuentro del General Morales.

Era necesario elegir un sitio de pelea, y esta sola elección fué el principio de la victoria.

Las hondonadas de La Raya son puntos formidables para detener con poca gente á un gran ejército; pero esa misma circustancia podía prolongar el combate dos y tres días, y el General Castro no tenía

pertrechos sino para corto tiempo. Además, él iba al combate con gente acostumbrada á las grandes cargas con bocas de fuego ó con arma blanca, y en aquellos escarpios, el espacio es estrecho y las quiebras del terreno impropias para obrar. Por eso eligió El Zumbador.

Es éste un llano, una altiplanicie, situada á 2,100 metros de elevación sobre el nivel del mar, fría como los páramos, donde no hay ni una mata de monte que sirva de resguardo, ni una quebradura de la tierra que facilite improvisado atrincheramiento. Al pie de ella, al punto denominado «El Palmar», llegó el ejército revolucionario en la tarde del 9 de Junio, en momentos en que también llegaban allí las fuerzas de los Generales Prato y Méndez.

El diez trascurrió sin novedad.

Ciento cincuenta hombres, extendidos de úno en úno á lo largo del camino, desde el campamento revolucionario hasta el borde de la llanura que mira hacia El Cobre, daban cuenta, pasándose la palabra, de lo que ocurría en aquella región.

El once, á las siete *antes meridiem*, se anunció que el ejército enemigo se aproximaba.

El General Castro dejó que ocupase El Zumbador, para que fuera ése el teatro de la lid; y luego, despertando el entusiasmo de sus soldados con palabras brillantes y con promesas de triunfo, se puso

al frente del Batallón Bolívar, y empezó á trepar el primero, la cuesta que conduce á la planicie.

Esta acción, de verdadera valentía, cautivó al ejército maravillosamente.

Así lo habían hecho ya, en momentos desesperanzados y terribles, valerosos y distinguidos militares.

En la batalla de Fribourg, viendo Condé que sus soldados flaqueaban, lanzó su bastón de oro á las filas enemigas, y puesto al frente de un regimiento, exitó á sus subalternos para ir á reconquistarlo, y avanzó alborozado entre una lluvia de fuego hasta obtener la dispersión de su contrario.

La batalla de Steinkerque estaba ya perdida para los franceses, cuando Luxemburgo, por una inspiración del momento, cambió la disposición de sus fuerzas, restableció el combate, cargó tres veces á la cabeza de su caballería y alcanzó la más espléndida victoria.

Y célebre es la osadía de Bonaparte, cuando puesto al frente de sus famosos granaderos, avanzó entre un granizo de balas, sobre el puente de Lodi, y después de largas horas de una lucha titánica y espantosa, echó de allí por impulso de la fuerza á doce mil infantes y cuatro mil ginetes austriacos; y sabido es que la audacia y el genio desplegados ese día, fué lo que impuso su superioridad sobre aquel ejército de veteranos que, al contemplarle

imberbe todavía, y con la frente aureolada por los resplandores juveniles de los veintiseis años, se habían considerado ofendidos al recibirle como su Jefe.

Pocos minutos duró la ascensión de la cuesta, y al salir al borde de la planicie, una descarga de maussers que ensordeció el espacio, fué el saludo con que le recibió aquel enemigo poderoso que esperaba conquistar ese día una palma vencedora, y sepultar en una sola batalla aquella Revolución que, en la cuna todavía, ya intranquilizaba la serenidad de la República.

El General Castro continuó impertérrito sobre el humo de los disparos, y ya en la cima de la cuesta, su espada centellante dió la orden de ¡fuego!, y empezó aquella lucha de Teseos, que constituye una de las batallas clásicas de Venezuela, portentosa como la segunda de Carabobo, terrible como la de San Mateo, y de consecuencias tan valiosas para la Revolución, como las Queseras del Medio—el año 19—para la causa de la Patria.

El ejército enemigo había ocupado toda la llanura de El Zumbador, dividido en centro y ala derecha, que estaban en el plan, y ala izquierda, que había descendido hasta la hondonada de Los Murtos, para practicar un ataque por retaguardia, el cual no se verificó.

Esta disposición del combate era la más apropiada en aquel terreno. El General

Morales, con prósperas ó adversas fortunas, ha encanecido en los campos de batalla; es de un valor personal indiscutible y sereno hasta entre las humaredas de la pólvora y los relámpagos de la fusilería inclinada sobre su pecho. Su ejército estaba lucidamente armado, llevaba ochenta cargas de parque y le acompañaban como subalternos Generales distinguidos como Carlos Silverio y Julio Bello; Santiago Sánchez, Juan Morán y Juan Ramón León. Pero en este día, de supremas decisiones para la política del Estado, la suerte abandonó los palacios del Gobierno y fué á plantarse bajo las tiendas de campaña de los soldados de la Restauración.

Rotos los fuegos por las fuerzas gobiernistas en la cima de la cuesta de El Palmar, se estableció allí una lucha heroica, que dejó el suelo cubierto de cadáveres; pero el irresistible empuje de la Revolución arrolló la onda enemiga, dominó la parte occidental de la llanura y permitió abrir operaciones en armonía con el plan desplegado por el adversario.

El Batallón Bolívar, comandado por el impertérrito Miguelón, se tiende hacia la izquierda, y el Junín, á cuyo frente van Aranguren y Fernández, continúa abriéndose brecha por el centro.

Las cornetas enemigas tocan *fuego á pie firme*: aquella masa de soldados se ha con-

vertido en una especie de trinchera: sus maussers de repetición disparan como si fuese una batería: se oye un solo ruido cuyo eco se propaga estruendoroso en las montañas del redor: el General Morales hace esfuerzos inauditos: sus oficiales lo secundan con denodada actividad; pero hay una fuerza impetuosísima, que, semejante á una ola gigantesca, viene arrollándolo todo en aquel proceloso océano de muerte.

Es el empuje de un ejército de convencidos, que, sugestionados por un hombre superior, van en pos del triunfo, como los cuerpos en pos de su centro, como el torrentoso río en pos del mar. Cada compañero que cae exalta su furor, y el cadáver de cada amigo muerto, centuplica su bravura y siembra en sus corazones el ardor de la venganza.

En tanto el General Castro, á caballo en su brioso corcel, recorre las filas, electrizado por el fluido nervioso que la pasión desarrolla en su organismo. Comunica órdenes en una parte, exalta el entusiasmo en otra, refuerza los puntos que supone débiles, observa los movimientos del enemigo y fatiga á sus cornetas tocando *carga*, y *carga* y *carga* sin cesar.

De pronto se presenta en el Estado Mayor, jadeante y fatigado, un ginete de corpulenta figura, ennegrecido por el humo y transfigurado por la pasión: es Miguel Contreras.

General, exclama, *tengo todo el enemigo encima; espero sus órdenes.*

Coronel Contreras, le dice el General Castro; *usted tiene su puesto*; *si tiene miedo quédese.*

Y aquel hombre singular, aquel Hércules capaz de repetir las doce empresas del tebano, regresa á sus filas como una flecha disparada por el arquero, é incita á una carga titánica como para cicatrizar la herida que le ha causado la palabra acerada de su Jefe; pero detrás de él va también á reforzarle el Batallón Junín, el cual desfila á la izquierda para dar paso al Batallón Libertador, que cierra por el centro y la derecha.

Esta nueva disposición del combate, aviva los fuegos de uno y otro lado, de manera portentosa. Con el LIBERTADOR ha entrado en acción Pedro María Cárdenas, rodeado de un grupo de oficiales impetuosísimos, que aspiran á decidir la batalla en un choque de minutos. Aquel choque es espantoso: es Desaix en Marengo, ganando una batalla que ha prometido á su General; es Ney en Moscowa, conquistando su diadema de Príncipe en el antro pavoroso de la muerte; son las desesperadas cargas de Waterlow con que los soldados del Imperio esperan salvar á su Monarca ó morir, antes que verlo encadenado y conducido por sus enemigos á las obscuridades luctuosas de fúnebre prisión.

Diezmado el Batallón Libertador por los fuegos enemigos, el General Castro ordena avanzar dos compañías del Tovar, y una del Bravos del Táchira. Estos van apenas armados de peinillas y malos fusiles, y al pasar por junto al Jefe, le piden maussers.

Los maussers los tiene el enemigo, les contesta el General Castro. *A la carga, á la carga. Un esfuerzo tan sólo y el triunfo es nuestro.*

Aquellos soldados se lanzan como rayos, refuerzan poderosamente al Libertador, y arrollan una y otra vez á aquel adversario poderoso, que ha venido cediendo terreno, pero después de defendido con heroísmo sin igual.

Ya la llanura de El Zumbador va á estar conquistada. Las fuerzas del Gobierno están reducidas al Alto de la Cruz. Sus esfuerzos se pierden en el vacío. Luchan con bravura, pero todo es en vano. La desesperanza se cierne sobre ellos como un sol pálido de invierno, que ilumina sus últimos instantes.

En ese momento, concurren á un mismo punto todas las fuerzas de la Revolución que obraban por el centro y alas. El instante es supremo. El combate toma las proporciones de una batalla mitológica. Sólo se oye una descarga continua. Los soldados del Gobierno han desplegado las fuerzas de todo sér que se revela á su-

cumbir. Los ótros sienten el entusiasmo sublime con que se da el último paso para coronar toda empresa.

El General Castro, que contempla feliz el éxito de su obra, lanza el Escuadrón de reserva, y aquellos ginetes cortan el viento como los antiguos Númidas, llegan al sitio del combate en el momento en que el enemigo se declara en derrota, y siguen en una persecución activa hasta arrojarlo en siniestra confusión por los caminos, atajos y laderas que caen á la esplanada de El Cobre.

Los gritos de triunfo repercuten en toda la llanura de El Zumbador; el alborozo produce gesticulaciones convulsivas y palabras incongruentes en aquellos esforzados vencedores; mil vivas al invicto Castro ensordecen la extensión, y sólo interrumpen las expansivas efusiones del placer, el ay doloroso de los heridos, el espectáculo tristísimo de los cadáveres y el sensible fallecimiento de oficiales distinguidos y denodados, que, al caer inertes, han llevado el luto y la desolación al pecho de Jefes importantísimos de la gloriosa Causa.

El General Castro, erguido en los estribos de su montura, se dirige al ejército con una de aquellas brillantes improvisaciones que tanto éxito producen en la hora de la oportunidad; y luego, sobre un cajón de cápsulas vacío, escribe á los Ge-

nerales Gómez y Garrido, comunicándoles la fausta nueva. «Hoy es el día más memorable para nuestra santa Causa, les dice: hemos obtenido en cuatro horas de combate el triunfo más espléndido que podrán registrar los anales históricos. El ejército que tengo el honor de comandar, es verdaderamente irresistible: son todos héroes!»......

Cuatrocientas bajas tuvieron en aquella batalla los dos ejércitos: quedaron prisioneros los Generales Carlos Silverio, Juan R. León y Julio Bello: se recogieron numerosos maussers y varias cargas de pertrechos, y los libros del Estado Mayor y documentos privados.

Tal fué la batalla de EL ZUMBADOR, que entregó al General Castro la Cordillera, conmovió hondamente la República, y con los Jefes y soldados derrotados, llevó el pánico á todas las fuerzas en que después se incorporaron.

El General José María Méndez, con la gente de su mando, continuó la persecución del enemigo y la recolecta de armas abandonadas en los zarzales y á los lados del camino; y el General Castro regresó á Táriba para abrir operaciones en forma sobre la ciudad de San Cristóbal.

VI

Un accidente inesperado retardó los nuevos planes durante varios días.

La gran agitación del General Castro, en aquella baja temperatura de El Zumbador, hubo de producirle una pulmonía que le llevó al lecho del sufrimiento; pero apenas restablecido, y reorganizado su ejército, dispuso la ocupación de San Cristóbal por un asalto vigoroso y rápido, llevado á efecto al clarear los primeros albores del día.

Para la época en que estalló la Revolución Restauradora, era Gobernador del Táchira el General Juan Pablo Peñaloza, quien comandaba á la vez las fuerzas situadas en la Capital de la Sección.

El General Peñaloza es un joven guerrero, dotado de talento militar, firmeza de carácter, valor y muy regulares conocimientos. Tenía en San Cristóbal cerca de quinientos hombres y un magnífico parque.

Como la sorprendente actividad con que invadió el General Castro, no le permitió reunir las fuerzas con que podía contar en los Distritos, él hubo de permanecer en sus cuarteles, tanto para resguardar su cuantioso parque, como para sostenerse allí hasta que pudiera obtener el auxilio del Estado.

A tal fin, dispuso fortificar la ciudad; y auxiliado por personas diestras, construyó unas trincheras formidables, verdaderos acantilados marinos, hechos para resistir á todas las tormentas y oponerse al furor de todos los oleajes. Allí permaneció, espada en mano, con una constancia numantina, hasta que un día pudo salir, casi de entre escombros y ruinas, para merecer por su admirable resistencia el título de Palafox Venezolano con que le calificó el Jefe Supremo del País.

VII

Atacar sin artillería una ciudad fortificada es una empresa casi vana.

Todos los publicistas militares, desde tiempos remotos, están de acuerdo con esta aserción.

El que ataca tiene el peligro de ver sucumbir su gente, sin que sus esfuerzos causen estrago al enemigo.

Por éso, los ataques y sitios á las ciudades, constituyen página célebre en la Historia de la Guerra.

Sin ir á los tiempos antiguos, que nos presentan á Troya sitiada durante diez años y atacada constantemente; á Sagunto, que con su heroico valor embotó las armas de los asediadores y sólo abrió las puertas

cuando el fuego lo había devorado todo; á Numancia, que durante muchos meses burló el genio de Escipión y el valor de sus ochenta mil romanos; y á Tolosa, que resistió seis meses el poderoso esfuerzo de las legiones de Atila; en los tiempos modernos, Zaragoza se sostuvo victoriosamente desde el 12 de Junio hasta el 14 de Agosto de 1808 contra los diez y seis mil soldados vencedores en Marengo, Austerlitz y Jena, con que Lefebre quiso tener el orgullo de someter la ciudad; José Félix Rivas con setecientos hombres, en La Victoria, resiste á las numerosas fuerzas de Morales, y luego lo ataca y lo derrota completamente, y Urdaneta, en el sitio inmortal de Valencia, se sostiene siete días con sólo doscientos ochenta soldados contra los cuatro mil que mandaba Ceballos, y luego, contra los seis mil que sumaron las fuerzas de éste y de Morales y Boves.

La empresa que se prometía realizar el General Castro, tenía, pues, grandes y supremas dificultades. Con todo, el primero de Julio, antes de que empezaran á clarear por el Oriente los primeros indecisos fulgores del alba, había ya acercado sus fuerzas á San Cristóbal y ordenado un asalto, tan bien dirigido y tan osado, que hubiera producido su efecto, á no ser porque un disparo imprudente en las filas revolucionarias había alertado al enemigo

soñoliento detrás de sus trincheras, y estaba ya, fusil en mano, y dispuesto á combatir.

Frustrado este primer intento, el General Castro ordenó penetrar por dentro de las casas, aspillerar las paredes y hacer fuego por allí para ir conquistando posiciones al contrario. A la vez, se construyeron parapetos y barricadas en las calles, frente á las fortalezas principales, y con este recurso se fué ganando terreno y obligando al enemigo á reconcentrarse poco á poco.

En los días siguientes, se verificaron varios ataques vigorosísimos, ejecutados con valor heroico, y los cuales produjeron la posesión de nuevos baluartes, pero á costa de grandes y dolorosos sacrificios.

Un ataque simultáneo por toda la circunferencia, penetrando por los hogares del tránsito, rompiendo puertas y agujereando paredes, hubiera llevado á la Revolución en pocas horas á la plaza del parque; y un cerco estrecho, estableciendo bloqueo absoluto á la ciudad, hubiera arrancado en pocos días una capitulación; pero se trataba de una ciudad querida, de una sociedad respetable y meritoria, y de una Revolución que no venía á demoler sino á construir; no á causar lágrimas y ruinas, sino á reivindicar derechos, á edificar obras, á cimentar garantías, y el General Castro no quiso ganar un triunfo contra sus nobles y generosos sentimientos.

El día nueve, oficiosamente se presentaron en el campamento revolucionario los ciudadanos colombianos Doctores Benjamín Ruiz y Alejandro Isaza, pidiendo facultades para tratar con el General Peñaloza sobre la entrega de la plaza. A pesar de que ya la Revolución tenía en su poder más de la mitad de la ciudad, el General Castro no pudo menos que acceder á tan generoso ofrecimiento, que podía evitar sacrificios inútiles, terminar aquella lucha en un abrazo de hidalguía venezolana y llevar la tranquilidad al seno de las familias, á quienes ya empezaban á atormentar el espectro pavoroso del hambre y las enfermedades que son consiguientes á un sitio prolongado.

El General Peñaloza recibió con placer la idea de la comisión, y pidió desde luego veinticuatro horas de tregua para deliberar.

No pensó él en suscribir una capitulación, sino en aprovechar la suspensión de hostilidades para informarse de si podía esperar auxilios del Gobierno Nacional, á fin de sostenerse en sus trincheras. Dos individuos, disfrazados, salieron del campamento: para el caso afirmativo, debían ponerle una banderola blanca en la cúspide de uno de los cerros cercanos.

Terminada la tregua, el General Peñaloza pidió que se le prorrogase por un tiempo igual; y el once, á medio día, la ban-

dera blanca se izó en el sitio señalado; y aquella gente, extenuada y decaída, cobró aliento, se llenó de entusiasmo y preparó nuevamente los fusiles para continuar sobre la arena del combate.

El mismo día supo el General Castro que el Ministro de la Guerra, al frente de ocho mil soldados, salía por el camino de Colón; y del mismo modo que Bonaparte cuando sitiaba á Mantua y tuvo conocimiento de la aproximación de Wurmser, suspendió también el asedio, y nuevamente fué á ocupar su admirable línea estratégica, situándose en las alturas de Mochilero y Borotá, desde donde podía atender á las operaciones del ejército nacional, á las fuerzas del General Peñaloza y á cualesquiera ótras que viniesen por el camino de La Raya.

La posesión de esta línea explica en mucho los éxitos de la campaña del Táchira. Ya ella había facilitado al General Castro mandar fuerzas para atacar á Sulpicio Gutiérrez, que salía con trescientos hombres por Encontrados, y el cual, rechazado en aquellas montañas, hubo de retroceder y reembarcarse para ganar el puerto de La Ceiba.

Doce días estuvo el ejército Restaurador frente á las fuerzas pretorianas, que, á pesar de su número, de sus cañones, de sus cuantiosos parques y de estar mandadas por cuarenta y dos Generales, hicieron alto

y frente y se estacionaron en Colón y sus cercanías.

Durante este tiempo, cuerpos volantes de la Revolución, mandados expresamente, mantuvieron de día y de noche en alarma á aquel asustadizo adversario.

Al fin, Fernández avanzó. El veinticuatro por la tarde ocupó la población de Michelena: el veinticinco se dió á descanso, y el veintiseis llegó á acercarse á una legua del campamento enemigo; pero con sorpresa general, en la mañana del veintisiete, aquel inmenso ejército esquivó el combate y empezó á desfilar lentamente camino de San Cristóbal.

VIII

Para esta fecha, el ejército del General Castro constaba de dos mil hombres, y las fuerzas gobiernistas que actuaban en El Táchira alcanzaban á nueve mil; de modo que cada soldado revolucionario debía combatir contra más de cuatro del Gobierno.

Esto hizo creer aun á personas sensatas, que la Revolución Restauradora estaba al borde del sepulcro, y que el General Fernández sería el pacificador de Los Andes; pero los que tal creían, ignoraban que un verdadero militar vale por un ejér-

cito; que un cerebro que brote luz constituye una energía superior á la de miles de brazos robustos y fuertes, y que la Victoria no es una ciega apasionada del número, sino del talento que crea, de aquellas frentes aureoladas de resplandores, que alumbran las obscuridades de un campo de batalla, bien así como el astro-rey esclarece las sombras de los mundos y rasga y disipa las tinieblas de la noche de los cielos.

Ignoraban que la Historia nos presenta á los grandes guerreros, luchando siempre y siempre venciendo con fuerzas inferiores á las del contrario.

Alejandro, con sólo treinta y cinco mil soldados, se lanzó á las aguas del mar Archipiélago para ir á conquistar el gigantesco Imperio Persa; y el Gránico, Arbelas é Ifisso atestiguan que su pretensión no fué una locura; Aníbal invadió á Italia con noventa y cuatro mil cartagineses; pero al pie de los Alpes sólo tenía ya veinticuatro mil, cifra que hizo grabar en el tronco de un abedul para trasmitirlo á la posteridad, y sin embargo del valor y número de aquellas legiones romanas, triunfó á las márgenes del Tesino, venció en Trebia, derrotó al Cónsul Flaminio en Trasimeno, izó su estandarte vencedor en Canas, y vino á asomarse á la ciudad de las siete colinas, á la que sólo defendió de tan pesado yugo el Destino de los Pueblos;

Epaminondas sólo tenía en Leutres seis mil quinientos tebanos, y tan desastrosa fué la derrota de los lacedemonios, que hasta su rey Cleombroto quedó tendido en el campo de batalla; Carlos XII, no sólo venció con fuerzas inferiores á dinamarqueses, rusos y polacos, sino lo que es más, lo que es una maravilla, cuando asilado en Turquía fueron tres mil hombres á prenderlo en su casa de Bender, él, con catorce criados, pudo derrotarlos y burlarse de las órdenes del sanguinario Sultán; y Bonaparte tuvo el orgullo de haber ganado sus grandes batallas campales con inferior número de fuerzas: en Marengo destruyó á cuarenta mil austriacos con veinte mil franceses; en Arcole tenía treinta y seis mil para oponerlos á sesenta mil del enemigo; en Essling venció á noventa mil con la mitad de ese número de franceses; y el sol de Austerlitz derramó su luz aquella mañana célebre sobre ochenta mil bonapartistas y ciento veinte mil rusos y austriacos.

Y no se diga que la sugestión ejercida por el jefe sobre los soldados, es la causa de tan gloriosos triunfos. La Historia tiene ejemplos que comprueban lo contrario.

Un dia, el gran Epaminondas fué calumniado ante el pueblo, su nombre borrado de la lista de los jefes, y enviado como simple soldado á la guerra de Tesalia. El ilustre guerrero se inclinó ante el manda-

to de la ley, y ocultando su personalidad, fué á confundirse entre la obscura turba de la soldadesca. Llega el momento de la batalla, empéñase la lucha con obstinación, se hacen esfuerzos inauditos, y la derrota sin embargo empieza á declararse. En ese momento el ilustre tebano se iergue, habla al ejército, lo detiene, cambia la disposición de la batalla, y la Victoria se vuelve hacia ellos y los corona con el laurel del triunfo. Al fijarse, luego, en aquel militar improvisado, se reconoció en él al hombre extraordinario con quien Tebas surgió al zenit y cuyo poderío se extinguió también con la muerte del héroe afortunado.

Sí, el talento y el genio son innegables. En todas las faces de la actividad humana, hay inteligencias superiores que ven más y ejecutan mejor. La humanidad, como los ejércitos, tiene jefes que guían, y turbas que obedecen. Será una desigualdad dolorosa, pero es una desigualdad efectiva.

He aquí por qué el pequeño ejército restaurador podía presentarse sin temores ante las fuerzas de Fernández, y podía aspirar también á que le sonriera la Victoria.

IX

En la mañana del veintisiete, el ejército nacional levantó sus tiendas, y, cauteloso y prevenido, continuó marcha lenta y on-

duladamente, buscando siempre los caminos que más le ocultaban de las miradas de su contrario.

El General Castro, que rápidamente penetró los planes de aquél, y ayudado por su poderosa línea de defensa que le permite evolucionar hacia cualquier lado, alza sus fuerzas y en marcha vertiginosa, va á cortarlo en la explanada de Cordero.

El sol empezaba á retirarse del zenit para descender al ocaso: el día estaba rápido y sereno: las sencillas gentes de aquella aldea, no se imaginaban siquiera la tempestad que á poco estallaría en su suelo, y tranquilas y serenas veíanse en los flancos de las colinas presenciando las evoluciones del ejército.

El valeroso Batallón Junín ocupó posiciones avanzadas en los cafetales de las vegas; el General José Antonio Dávila, con su Batallón, se situó en la cuesta de Callejón Colorado, para esperar las fuerzas del General Peñaloza, caso de que concurrieran al combate; el resto del ejército ocupó las posiciones más convenientes en distintos puntos, y el General Castro dirigía las operaciones desde la población de Cordero, la cual al día siguiente fué blanco de la artillería enemiga.

Venía por el Camino Nacional, arma en balanza, la División Carabobo del Gobierno, cuando los Generales Aranguren y Emilio Fernández, Jefes del Junín, rompieron los

fuegos, con tal vigor y denuedo, que en pocos minutos aquella División de mil trescientos hombres quedaba reducida á pocas guerrillas, que huían aterrorizadas de aquel teatro de destrucción y muerte.

Otra División entró en lucha, y el combate se generalizó en casi toda la línea de batalla. La artillería de Fernández asordaba el espacio con sus estruendos de tempestad; aquellas descargas de maussers de repetición semejaban verdaderas baterías, iluminando el horizonte obscurecido por el humo de la pólvora; pero aquellos soldados tachirenses, que por primera vez oían el estampido del cañón y veían estallar en torno suyo proyectiles inflamados; ebrios de entusiasmo, enfurecidos por el valor indómito, avanzaban sobre el enemigo con impetuosidad insólita, lo arrancaban de sus atrincheramientos, y sonreían luego al verle huir á resguardarse en la masa general del ejército. Aún se recuerdan con horror las cargas formidables que repetidas veces dió el imponderable Miguelón, hasta llegar á pocos pasos del parque enemigo, y del Estado Mayor, que hubo de rodearse de bayonetas como un erizo á quien amenaza el cazador.

Los esfuerzos que se hicieron esa tarde son increíbles: las huestes españolas no pelearon mejor en San Quintín, ni los soldados franceses dieron cargas más vigorosas en la toma del puente de Arcole, ó en

el ataque á Mont-Saint-Jean el pavoroso día de Waterloo. El General Castro centuplicaba sus energías y sus talentos: todo lo adivinaba y todo lo suplía con actividad suprema: sus ayudantes volaban comunicando órdenes; las cornetas tocaban carga por todas partes; se atendía oportunamente á reforzar los puntos débiles; se ocupaban las posiciones en que podía parapetarse el enemigo; se recogían las conchas de cápsulas para reponerlas, y se dirigían combinaciones acertadas para ver de apresárle el parque al enemigo; pero era tanta la gente contra la cual se luchaba; tanta la lluvia de balas que salía sin interrupción de segundos de aquellas armas de repetición, y tan impropia la rasgadura del terreno para adoptar una táctica que diese por resultado la destrucción del enemigo, que la lucha se hacía casi vana y los esfuerzos resultaban casi perdidos.

Todavía á las ocho de la noche aquel campo semejaba un volcán en explosión, lanzando columnas de fuego que esclarecían las montañas cercanas, y rugidos oceánicos, que iban llevando el pavor á todas las comarcas vecinas.

Por fin, los fuegos cesaron. Los ejércitos permanecieron en sus respectivas posiciones. La noche extendió su velo funeral, y sólo se oyeron en el campo de batalla los ayes de los heridos, los estertores de los agonizantes y la caída de los arbustos y

de las ramas de los árboles que el plomo había dejado casi tronchadas.

Empezaban á despuntar por el Oriente los primeros hilos de oro del alba, cuando aquellos ejércitos semejantes á dos dragones inmensos, se lanzaron de nuevo los primeros insultos, á los cuales siguieron las descargas, y la batalla se estableció nuevamente con toda la bravura del día anterior. El enemigo perdía sus posiciones, pero al punto se hacía fuerte en ótras; y la mayor ventaja que se obtenía era la deserción de las filas gobiernistas, deserción tan espantosa que compañías enteras arrojaban sus maussers y partían al través de las montañas.

En los parajes conquistados, las fuerzas restauradoras recogieron numerosas armas y cápsulas; pero se hizo imposible cautivar la artillería, porque una previsión acertada, la hizo montar en los picos de los collados que se irguen en derredor.

La batalla continuó todo el día. Son innumerables los rasgos de heroísmo de que se dió ejemplo. Allí se derrochó el valor, se hizo gala de serenidad de espíritu, se jugó con la muerte.

Soldados obscuros, que sólo habían empuñado la escardilla ó la esteva del arado, y niños, en cuyos labios casi plateaba todavía la leche maternal, daba gusto ver cómo danzaban en torno á las metrallas, y cómo más de una vez las arrojaron lejos,

antes de estallar, con un golpe formidable dado con la culata de sus mosquetes.

Y era una gloria, ver á aquellos dos mil revolucionarios luchando con serenidad olímpica, entre un cerco de cañones y bayonetas, manejados por ocho mil veteranos de la Nación, y luchando con tal acierto, que por cada baja suya se contaban diez del enemigo, y por cada disparo de sus fusiles sonaban cien tiros del adversario.

Ochenta mil cápsulas gastó el segundo día la sola división de Wiedman, en una aparatosa evolución que no le valió siquiera la conquista de una cuarta de terreno.

Allí, en aquella apremiante situación, dió el General Castro muestras de sus altos talentos militares, no sólo sosteniendo sosegadamente una lucha tan desigual, sino obligando á cada momento á cambiar de táctica al enemigo, para ponerse á resguardo de operaciones que amenazaban su seguridad.

En esta lidia, del talento y del valor, trascurrieron las horas del día. La noche desplegó sus alas de cuervo. Densos nubarrones se cernían sobre aquel cielo de las montañas. De pronto los fuegos se avivaron. El cañón multiplicó sus fragorosos estampidos: un semicírculo de luz parecía coronar las crestas de las colinas, y hubiérase creído que el plan del Jefe gobiernista en ese instante era incendiar la región,

ya que no podía triturar al enemigo bajo el duro peso de sus balas.

Dos horas semejó el peristilo de Cordero un volcán en erupción. Sólo se oía un zumbido monótono y aciago, como si los senos de la tierra se hubiesen abierto y empezado á balancearse unos montes contra ótros.

Por fin cesó el fuego, y el silencio imponente de las sombras reinó en aquella necrópolis horrenda.

Quinientos cadáveres del Gobierno y ochenta de la Revolución, quedaban tendidos en ese suelo hasta entonces virgen de sangre humana, y sólo humedecido por la fecundante lluvia de los cielos y las gotas de sudor de los honrados labradores.

El combate no podía continuar allí al día siguiente. La Revolución había gastado todas sus cápsulas, y el sitio era asaz impropio para dar una carga al arma blanca.

El General Castro hizo recoger sus heridos, y antes de que viniesen los primeros rayos de la aurora, ordenó desfilar al ejército y fué á situarse no lejos, en la explanada de CAÑA VIEJA y LIRANZO, donde él podía desplegar su nueva táctica con probabilidades de destruir en pocas horas á aquellas fuerzas, ya diezmadas por la deserción y la muerte, y sobre todo, poseídas del espectro blanco del terror.

El General Fernández también modificó

sus planes en el decurso de la noche, ocupando mejores posiciones que las del día anterior; pero cuando la luz vino, se encontró sólo, y rechazando el nuevo reto de su adversario, en vez de seguir marcha á San Cristóbal por el Camino Nacional, donde hubiera sido indudablemente atacado, desfiló por vía de Toico, para entrar á aquella ciudad por PIRINEOS.

Esta batalla, que es una de las más notables que se registran en los Anales del Militarismo Venezolano, significó para el General Castro la mitad de su campaña en el País. En ella hizo más de cien prisioneros, entre oficiales y tropa, aumentó su ejército con las muchas guerrillas que se le pasaron, recogió numerosas armas de precisión, y, sobre todo, redujo á nada el mejor ejército del Gobierno, lanzó por toda la República su nombre triunfador, y consolidó la fama de invencible, de que él mismo había hecho su gloria y su blasón.

Después de esta batalla, la presencia del General Castro en el Táchira, estaba demás. Había terminado su primera jornada de una manera gloriosa; había cobrado fuerzas de Titán para más altas y portentosas empresas.

La Campaña del Táchira llamaba la atención de los inteligentes. Había conducido la guerra con sorprendente actividad; y, erguido sobre el poderoso pedestal de una táctica invencible, había asombrado con

una serie de batallas que fueron una serie de victorias.

Quedaba allí un ejército enemigo, es verdad; pero un ejército que se consumiría solo, un ejército que se disolvería, porque no tiene razón de ser una agrupación de soldados, que, ó no concurren al combate, ó si concurren, es para comprobar en la lucha la desgracia de su impotencia.

En la tarde del mismo día, el ejército restaurador se retiró á Capacho, donde esperó cuatro días las evoluciones del enemigo, y viéndolo el General Castro inmóvil y aletargado, *es un Aníbal en Capua,* dijo; *ya no me preocuparé más por él.*

Quedaba por realizar lo más atrevido de su Campaña: la invasión al Centro. Era necesario llevar la guerra á todo el País, para destruir la satrápica dominación que oprimía á la Patria, para reivindicar los fueros de la República, para reconquistar los derechos ciudadanos, para revivir el crédito de la Nación, para encarrilar á ésta por la senda de la paz, del engrandecimiento y de la gloria.

Bonaparte, al emprender su Campaña de Italia, se había dirigido al ejército con esta halagadora alocución:

«Soldados: Vosotros estáis mal vestidos y mal alimentados: se os debe mucho y nada se os puede pagar!...... Yo voy á conduciros á las más fértiles campiñas de la tierra. Ricas provincias, populosas ciudades caerán

en nuestro poder, y allí, tendréis riquezas, honores y gloria. Soldados de Italia, ¿os faltará el valor?»

El General Castro, con una bandera más brillante, puesto que él no se prometía oprimir ciudadanos, ni conquistar provincias, hubo de restringirse á despertar el entusiasmo de sus soldados, y á excitarlos para ir á restaurar el imperio de la ley y los derechos de la ciudadanía, sin más lucro que el cumplimiento del deber, sin más recompensa que el aplauso de los pueblos, sin más halago que la gratitud de sus compatriotas y la justicia póstuma de la Historia.

Aquel ejército de valientes, alborozado con las palabras de su ilustre Jefe, no tembló ante la magnitud de la proyectada empresa, y unánimemente juró seguirle, con decisión y firmeza de alma, en tanto que marcharan siempre bajo las inspiraciones del bien y por el ancho y recto camino de la justicia y del honor.

Era un sacrificio inmenso; pero ante el llamato de la Patria no hay sacrificio excusable para los corazones dignos.

Quedaba el hogar abandonado, triste la esposa, huérfanos los hijos, silenciosa la éra, inculta la labranza; pero se iba á conquistar el triunfo de una idea, que en el camino del derecho es una redención, como en el de la verdad, es una gloria.

Un ideal es un sol en los cielos del alma.

Pueblos sin ideales están muertos, ó sufren de atrofia moral.

Abrid paso á los convencidos, que sólo de ellos es la victoria.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

INVASION AL CENTRO

I

Invadir á un país en són de conquista, ó para derrocar á un gobierno é imponer un nuevo ideal político, es una de las empresas militares más peligrosas.

La historia de las invasiones militares, es casi la historia de la soberbia castigada.

Muchos genios superiores han colmado sus deseos, ciñendo á la sien la corona del triunfo; pero son más los que han fracasado en la realización de sus aspiraciones.

Jerjes, el soberbio Jerjes, invadió un día á Grecia con un millón de soldados y mil doscientos buques; pero la pequeña patria de Milcíades y Perícles, apercibida para la lucha, llenó de asombro al invasor en el Paso de las Termópilas, destrozó su escuadra en Salamina, derrotó sus soldados en Platea y flageló duramente á los fugitivos en el promontorio de Mícale.

Aníbal, uno de los mayores genios militares de la antigüedad, invade á Roma con un ejército acostumbrado á llevar la victoria en las puntas de sus lanzas; sorprende al mundo con el atrevido paso de los Alpes, se enorgullece con cuatro triunfos portentosos, y llega á creerse por un momento el dominador de los dominadores de la tierra; pero Roma, con una constancia heroica, arma todo su pueblo, vende la tierra ocupada por el enemigo para evidenciar su fe en el éxito; ordena á Escipión que lleve la guerra á Cartago, y el invasor huye de Italia, y es vencido en Zama, y la orgullosa tierra de su cuna firma la paz, paga una inmensa contribución, entrega sus buques, da sus elefantes y se obliga á no declarar guerra á país alguno sin el consentimiento de Roma.

Pirro deja un día su ostentosa Corte, y para auxiliar á los Tarentinos contra los Romanos, se viene á Italia con numero-

sas fuerzas: triunfa en los campos de Heraclea y luego en las llanuras de Asculum; pero son tantas sus bajas en esta última acción, que retrocede á su tierra con los soldados que le quedan, antes de que otro triunfo igual lo obligue á regresar sin nada, como él mismo exclamó.

Doscientos mil soldados lleva Bonaparte á España, con Generales tan distinguidos como Dupont, Moncey, Duhesme; enciende la guerra por todo el país; donde él está, la victoria le acompaña; pero atenciones preferentes lo llaman al norte, y apenas sale, aquel trono francés levantado en la Península cae, y aquellos Mariscales son sucesivamente derrotados, y aquel inmenso ejército, diezmado y herido, tiene que repasar los Pirineos para ir á reponer sus exaustas fuerzas en los cuarteles de París.

Y por último, nuestro gran Miranda, militar distinguido en los ejércitos españoles; triunfador heroico al lado de la austera figura de Washington en las batallas de la Independencia Norte-Americana, y luego compañero y segundo de Dumouriez en el campo memorable de Valmy, invade á Venezuela en 1806, en medio de un entusiasmo febril, izando una bandera de luz; y la derrota le persigue como un espíritu de maldad. Vuelve en 1810, á encargarse de las pequeñas fuerzas libertadoras que han roto la tradición de

España, y las dificultades se le presentan, y los obstáculos lo acosan, y el desaliento lo acoquina, y capitula ante Monteverde, y es aprehendido y llevado á la Carraca de Cádiz á esperar con una cadena al pie el instante de la muerte.

Y lo que se dice de una invasión á país extranjero, es aplicable también á una invasión al propio País, cuando se levanta la bandera de una revolución que no cuenta con más elementos que los que acompañan al Jefe invasor.

Tal debe decirse de la audaz invasión al Centro de Venezuela, ejecutada por el General Castro, y la cual forma el objeto del presente estudio.

II

Nuestro gran Libertador había realizado ya, en 1813, la Campaña del General Castro, con el éxito más brillante.

El combatió á Correa en Cúcuta, el 28 de enero de dicho año, y sus fuerzas invadieron á Venezuela inmediatamente después del triunfo, en persecución del enemigo. Vinieron á situarse en La Raya, á las órdenes de Castillo, hasta el 13 de abril siguiente en que derrotaron nuevamente á Correa en La Angostura, y el ejército pasó á estacionarse en La Grita.

Allí permaneció hasta que Bolívar obtuvo del Congreso de Tunja, la facultad para guerrear en Venezuela, y en los primeros días de mayo, reorganizado el ejército, continuó la marcha.

Aquella invasión fué un paseo triunfal. El enemigo que estaba en Mérida no esperó; en Carache fué vapulado Cañas; en Niquitao, Martí; en Horcones, Oberto; y en Taguanes, Izquierdo: el 7 de agosto Bolívar fue recibido en Caracas, entre las aclamaciones del pueblo, que le proclamó su Libertador.

Pero comparando estas dos campañas, resalta entre ellas una gran diferencia. Bolívar invadió con ochocientos hombres, Castro con sesenta; Bolívar traía el parque suficiente, Castro venía á quitárselo al enemigo; aquél sólo libró cinco combates; éste, nueve batallas, y algunas, como El Zumbador, Cordero y Tocuyito, de eterna resonancia en los fastos del militarismo venezolano; aquél hizo su campaña en siete meses; éste en cinco; y por último, el Libertador, para aquella época, no podía encontrarse con más de diez mil realistas en territorio venezolano; y el Jefe de la Restauración esperaba luchar con los cincuenta mil soldados que pudo haber reclutado Andrade para sostener su Gobierno.

Esta comparación con una de las más célebres campañas del Continente Americano, y ejecutada por uno de los más gran-

des guerreros de la Historia, honra indudablemente al gallardo Adalid de las huestes restauradoras, y lo exhibe como militar en una altura envidiable.

III

Cansado de esperar el General Castro, las nuevas evoluciones del enemigo, y viéndolo en soñolienta inacción, partió de Capacho el 3 de agosto siguiente, camino de la Capital de la República.

En la mañana del cuatro entró en La Grita, y habiendo sabido allí que una fuerza gobiernista acababa de llegar á Tovar, con el fin de sorprenderla, ocupó inmediatamente todos los caminos por donde pudieran llegarle noticias de su aproximación, y en las primeras horas del día siguiente continuó marcha. En Bailadores se le incorporaron las fuerzas del General José María Méndez; y á la prima luz del seis, rompió los fuegos sobre las calles de Tovar.

Ocupaban la plaza, con más de trescientos hombres, los valientes y meritorios Generales Rafael González Pacheco y Emilio Rivas.

Por el camino nacional entró parte de la División Mérida, cuyo denodado y distinguido Jefe, General J. M. Méndez, cayó

desgraciadamente atravesado por una bala en los primeros momentos del combate.

Este doloroso incidente, que dejó acéfala la División, introdujo por un instante el desorden; pero advertido de ello el General Castro, mandó reforzarla con una parte del Batallón Bolívar, á las órdenes del invencible Miguelón; la otra parte atacó por la derecha, á la vez que abrió los fuegos por la izquierda el Batallón Junín.

El combate se estableció en verdadera forma. La ciudad se trocó en una fortaleza, que lanzaba plomo de todos lados.

Agotados los pertrechos del Bolívar, y con el objeto de no descargar el parque, entró el Libertador, y una carga impetuosa por todos tres costados, llevó la bandera tricolor al centro de la plaza principal, y puso al enemigo en completa derrota. El Tovar cortó la retirada á los fugitivos, de los cuales sólo se escaparon en sus briosos corceles, el primer Jefe de la fuerza y algunos oficiales.

Dos horas de lucha encarnizada costó este triunfo, en que el enemigo se batió con heroicidad que honra á sus Jefes, la mayor parte de los cuales fueron aprehendidos con la espada en la mano en sus propias posiciones.

IV

Cuando el General Castro supo la presencia de fuerzas trujillanas en Tovar, había exclamado en un rapto de inspiración: «*Bien! esas fuerzas me abrirán las puertas de Trujillo: mañana estarán en mi poder.*»

La segunda parte de esta previsión estaba cumplida: la primera se realizó quince días después.

El ejército apenas se estuvo en Tovar el tiempo necesario para serenar su fatiga; y luego siguió camino de Mérida.

La ciudad de los Caballeros, la culta y gentil Sultana de la Sierra, le recibió con todo el entusiasmo, con todas las demostraciones de simpatía que ella sabe tributar al mérito de una Causa justa, benéfica y gloriosa.

Multitud de ciudadanos respetables salieron á recibir á aquel puñado de valientes, que venían con las sienes orladas por el laurel de la Victoria, y ávidos de nuevas luchas, para arrancar del seno ardiente de las batallas, los elementos con que debía construirse el nuevo edificio de la restauración de la República.

En esta Ciudad organizó nuevamente el ejército; y otra vez más significó á sus soldados el deseo de que se quedasen allí

los que abrigaran temores de continuar la campaña. «Yo no quiero llevar, dijo, sino individuos que, penetrados de mis ideas, convencidos de mi fe en el triunfo y amantes de la regeneración de la Patria, quieran firmemente seguir arrostrando los peligros y vicisitudes de la campaña, para eternizar sus nombres en la inmortalidad del bien.»

Muchos de sus compañeros, enternecidos al recuerdo del hogar, ó desalentados ante la magnitud de la empresa comenzada, pidieron la baja y regresaron al seno de la familia. Dos mil hombres continuaron, decididos á vencer ó á morir.

Desde la cumbre del Páramo de Timotes, el General Castro contempló por un momento la inmensidad del espacio que debía recorrer; pensó en las dificultades de su obra; midió sus fuerzas, multiplicadas, antes que exhaustas, con los rigores de la fatiga, y en un arranque de entusiasmo: *Dos batallas*, dijo á sus soldados, *tan sólo dos batallas habremos de librar para llegar triunfantes al Capitolio.*»

En Valera suscribió una bellísima y patriótica Proclama dirigida á los trujillanos, en la cual les invitaba á colaborar en la obra de la Restauración política del País, acompañándole en su marcha triunfal á la Metrópoli de la Nación, á fin de que á esa empresa gloriosa cooperaran todos los hijos de la Cordillera Andina, de

esa tierra privilegiada donde palpitan todas las fuerzas vivas de la Naturaleza y donde esplenden todas las radiaciones del talento y todas las nobles energías del humano corazón.

De allí salió el diez y ocho por la vía de Motatán; el diez y nueve entró en los Llanos de Monay, y el veintidos llegó á Carora, plaza que desocupó el enemigo á la aproximación de las huestes restauradoras.

V

Habían entrado ya en la tierra llana.

Un calor de veintiocho grados centígrados caldeaba el ambiente; reverberaban bajo sus pies aquellas arenas encendidas como las del Egipto, y colgaba diariamente sobre sus cabezas un sol de fuego en un cielo de plomo.

Quedaba atrás la tierra de las montañas; aquel suelo amado, donde la Providencia sembró todos los tesoros y derramó todas las gracias.

Cuántos soldados no sentirían enternecido el corazón, al recordar aquellas pintorescas serranías que se enlazan caprichosamente como formando un encaje primoroso; aquellos montes de esmeralda, coronados de nieve en el invierno, dorados

en primavera con las flores amarillas del frailejón, y siempre olorosos á albricias y romero, los perfumadores eternos de las brisas de los páramos.

Qué paisajes tan hermosos tiene la Cordillera de los Andes. Ríos torrentosos, que resbalan límpidos y espumosos cristales, coronados á mañana y tarde en cada salto, por mil círculos concéntricos del iris; valles gigantescos, donde el café se viste ora de blancos y aromados jazmines, ya de granates rojos que destilan miel; bosques inmensos donde el pino abre su follaje como un paraguas, despliega el orumo su glauca vestidura y las palmas ierguen su empinada copa que besa á las nubes y atrae al rayo en las noches de tormenta. Aquellas mañanas encantadoras, en que el cielo exhibe su ropaje de gala como para recibir al astro-rey; en que cada tallo de las plantas es un búcaro de flores cuyos pétalos ostentan en diamantes de rocío los primores caprichosos del agua y de la luz; y en que cada árbol es una cítara viviente, donde el petirrojo y el turpial se deshacen en cascadas de armonías, canta el azulejo con toda la ternura de un corazón enamorado, y llora el gonzalito como con notas sustraídas á la canción del sauce de Desdémona en la obra inmortal del artista pesarino. Aquellos pueblos, que como níveas garzas se posan en los flancos de las montañas y en las cumbres de

las colinas, y aquellas ciudades, tendidas en verdegueantes llanuras, ó reclinadas muellemente como amorosas sultanas al pie de altísimos cerros que las cubren con su sombra. Y luego, aquellos campos, divididos en multiformes polígonos, aquí estrellados con el follaje del banano que se dobla al peso del racimo; allá vestidos de violeta con la simpática flor de la patata; acullá, semejando una sábana de oro con la rubia mies en la estación del Can. Y aquellos molinos, á la orilla de impetuosos torrentes, y de donde sale la esponjosa harina, más blanca que la leche ó que la carne del coco; el trapiche que cruje junto á los cañaverales, y expande el sabrosísimo olor á miel hervida, el licor de los dioses en las cumbres del Himeto; y la éra, donde van en círculo, desgranando las espigas, el manso buey y el potro cerril, hostigados muchas veces por lindas serranuelas, frescas como las rosas de Castilla en las primeras mañanas de Mayo, y rebozando juventud y vida por todos los poros de la tentadora faz.

Nada falta en aquel suelo de promisión, donde se ha incubado todo lo grande y todo lo bello. Arrastran los ríos arenas de oro, como el Escamandro y el Pactolo, derraman los árboles esencias como en los bosques de Ceilán y Cachemira, y cruzan arroyos de leche y miel como en la tierra predestinada á los descendientes de Jacob.

En aquellos pliegues de las enhiestas montañas la vida es fácil y el alma se modela como bajo las tiendas de los patriarcas ó bajo el techo humoso campesino de los días clásicos de Roma ó de Sabinia. Allí el corazón es ánfora de aromas exquisitas, ó invulnerable turquesa, que ni el tiempo erosiona ni el mal corroe; emerge de labios impolutos, el verbo grandílocuo, que ora levanta al oprimido, ora fustiga al opresor; y volotea en torno á frentes áticas, el águila soberbia del pensamiento huguiano ó la áurea abejilla de sosegada inspiración. Patricios excelsos, pensadores profundos, poetas gallardos han nacido bajo aquel cielo edénico y han bajado á la tumba, dejando páginas de oro en los anales patrios, fuerza y luz en la dinámica social, monumentos de cariño en las almas nobles y bellas.

Tierra de mis dulces recuerdos! Cuántos de vuestros hijos, al contemplaros por la vez postrera desde las cálidas arenas de Carora, os dirían adiós como la Ex-Emperatriz de Méjico al distinguir un día en lontananza las playas del Adrático: «Adios! suelo de mi cuna, tierra de mis padres: quién sabe si os vuelva á ver!»

VI

En la tarde del veinticuatro, el ejército llegó al caserío de PARAPARA. Á la maña-

na siguiente, una avenida inesperada del río Tocuyo detuvo la marcha.

El ejército se intranquilizó. Por la primera vez la naturaleza presentaba obstáculos á aquellos vencedores. Un desaliento general se dibujaba en las fisonomías, tanto más cuanto aquellas aguas torrentosas y obscuras, parecían aumentar de momento á momento.

El General Castro, ginete en su corcel de guerra, iba y venía por la ribera del río, esperando el momento en que bajase la inundación; sondeaba el horizonte con su mirada perspicaz y trataba de adivinar un medio con qué salvar la dificultad; pero al fin, en un trasporte de su espíritu: « *Compañeros*, dijo, *la Providencia nos detiene aquí con algún alto fin: preparaos para ceñir á vuestras frentes algún nuevo laurel.* »

Aquellas proféticas palabras cayeron sobre el ejército como un rocío sagrado, que serenó los espíritus y puso á todo mundo en expectación de la anunciada maravilla.

Clareó el veintiseis, y cuando el ejército se proponía seguir marcha, la vanguardia recibe inesperadamente los primeros disparos de un enemigo que está en orden de batalla.

El General Castro rápidamente ordena ocupar todas las alturas, pone sus demás fuerzas en disposición de combate y hace avanzar un destacamento á las órdenes del

Coronel Emilio Fernández. Crúzanse los fuegos, todavía á alguna distancia entre las filas combatientes; Fernández avanza con denuedo, y cuando el pabellón tricolor empieza á destacarse en las colinas cercanas, el enemigo se declara en la más completa derrota, dejando seiscientos maussers, treinta mil cápsulas, un cañón Krupp con todos sus accesorios y abundante dotación de municiones.

Quedaron prisioneros cuatro Generales, tres Capitanes y doscientos individuos de tropa.

Constaba el enemigo de mil doscientos soldados, á las órdenes del General Torres Aular, Presidente del Estado Lara, y á quien Andrade había confiado la custodia del Centro de la República.

El ejército restaurador, que en este lance sólo tuvo que lamentar un muerto y cuatro heridos, contemplaba con asombro aquel suceso trascendental, ayudado por la Naturaleza y profetizado veinticuatro horas antes por su ilustre Jefe.

Y aquel río, que como los mitológicos de Grecia tomó parte en esta acción, no sólo detuvo al General Castro para darle un nuevo triunfo, sino que detuvo también del otro lado, las fuerzas nacionales del General Lorenzo Guevara, impidiéndole reunirse con Aular, como estaba convenido, y lo cual hubiera causado á la Revolución mayor gasto de energías y de

elementos. Dos victorias, ganadas en un solo día.

Yo no me explicaría este hecho prodigioso, á no ser porque la Historia de los siglos nos convence de esta gran verdad: «cuando suena la hora de la ocasión para renovar los pueblos y las sociedades, la Providencia pone la fuerza á la orden del derecho, y prepara los hechos para el triunfo de las ideas.»

En aquel rápido y decisivo combate, hay algo más que movimientos estratégicos y evoluciones tácticas: allí un Destino sobrenatural dispone las cosas convenientemente para que aquel ejército gobiernista vaya á entregar al vencedor las llaves de la República, y junto con ellas, todos los elementos de guerra que necesitaba para continuar su marcha triunfal á la Capital de la Nación.

Allí obtuvo el General Castro el cañón que debía destruir las fortalezas enemigas en Tocuyito, todo el parque con que habían de ganarse las batallas posteriores, y sobre todo, nueva confianza de su ejército y nuevo entusiasmo para realizar la última jornada, la que debía conducirlo al Thabor de su transfiguración, á la enhiesta cumbre de su gloria.

El General Castro ordena seguir marcha en la mañana del veintisiete.

En el camino sabe que las fuerzas de Guevara han ido á fortificarse en Barquisimeto. Una gran idea surge en su mente.

Está en un punto donde el camino se bifurca para abrirse en diferentes direcciones. Si pasa lejos de aquella Ciudad, podrá atribuírse á que esquiva un encuentro con el enemigo, y alentado éste, le seguirá de cerca, y tal vez en Nirgua irá á acosarlo por retaguardia, cuando se hayan roto los fuegos con el ejército que sostiene á aquella plaza.

Nó: él no esquivará nunca el peligro, ni dará motivo para un éxito del contrario: marchará á Barquisimeto para imponer la superioridad de sus fuerzas á aquel enemigo que, como el ciervo, ha ido á esperar la jauría que pasa, pero resguardado en su impenetrable caverna.

El primero de setiembre, el General Castro se detiene á contemplar la hermosa Reina de Occidente, desde un punto dominante de sus extramuros. Una descarga formidable lo recibe, y su ejército contesta con la misma galantería. Algunos oficiales penetran al través de las balas, para ir á comprar cualquier cosa en un establecimiento mercantil; y pocos momentos después, regresan intocados por el plomo, y trayendo unos litros de brandy como trofeo de su victoria.

Como el soberbio león mira con indiferencia suma al perrillo que le ladra al lado, el General Castro vió con desdeñosa importancia aquel ejército, y siguió camino de Cabudare.

A poco andar, ve venir una fuerza que iza en alto la bandera tricolor. ¿Quién es? Son amigos insospechables; es la juventud larense que, deslumbrada ante el héroe de los Andes, quiere también contribuir al triunfo de los principios que informan la Causa Restauradora, y orlar su frente con el laurel de Marte en los campos de Belona. Son los representantes de aquel pueblo heroico, que está acostumbrado á llevar la Victoria en la punta de la espada, y que ha hecho suyas la nobleza y la generosidad para exhibirlas hasta en las adversidades de la existencia.

Dos Batallones, el URACHICHE y el LARA piden su incorporación al ejército: al frente de ellos vienen jóvenes que, como Jiménez Arraiz, el vate guerrero, tienen en su cerebro y en su brazo, todos los elementos de vida que la República necesita para su marcha ascensional: verbo, impulso, ideal; luz y fuerza; palabras de consuelo y gritos de lucha; nobleza de alma y ternezas de arte; honradez y virtud.

VII

Uno de los grandes vicios de las sociedades corroídas y decrépitas, es la mentira en todos sus actos.

Mentir es hundirse en la tumba de una muerte moral.

Cuando Pulqueria oyó una mentira de los labios de Estilicón, le mandó una rueca y un copo de algodón para que se sentase á hilar. Sí, la Emperatriz de Oriente encontró el único destino que puede tener un embustero: hilar como una anciana.

Un individuo que miente en el comercio, queda destituido de los tratos mercantiles; en la sociedad, queda relegado al hospicio de los enfermos de la conciencia; en el militarismo, debe formar en la impedimenta del ejército, y en todas partes, colocarse al lado de los que llevan por bandera la infamia y el deshonor.

Uno de los mayores defectos de las administraciones pasadas, era la mentira oficial. Desde el programa de gobierno del Jefe Supremo hasta la ínfima promesa del Jefe de Aldea, todo era una farsa.

De aquí por qué no es extraño, que desde los primeros días, Andrade tuviera por vencida á la Revolución Restauradora. Desde San Cristóbal se le participó el triunfo del Gobierno en Cordero; la prensa oficial de Mérida contó cómo Castro había pasado en derrota; lòs vencidos de Parapara, le comunicaron su victoria sobre el enemigo; y cuando Andrade ya creía otra vez solidificado el pedestal de su Presidencia, hé aquí que el telégrafo le anuncia sucesivamente la rota de Nirgua, el desastre de Tocuyito y la llegada de Castro á Valencia. La mentira oficial lo había derribado de su

trono, como derriba todo edificio, porque es una erosión que desquicia, un cáncer que mata.

La mentira oficial y el momento sociológico del País, tan hábilmente reconocido por el General Castro, fueron dos grandes factores de sus triunfos.

¡Cómo el vicio es siempre señal de ulceración y muerte!

VIII

Incorporados los Batallones Barquisimetanos, el ejército había seguido marcha, pasando por Cabudare, Yaritagua, Urachiche, Boraure y Santa María: el ocho de setiembre, á las doce *post meridiem*, coronó la altura desde la cual se divisa la Ciudad de Nirgua; y los pabellones amarillos, izados en las afueras de aquella ciudad, señalaron desde luego, un nuevo campo de batalla.

La presencia del enemigo no causó ningún desaliento al ejército restaurador; al contrario, como los antiguos cruzados saludaron á Jerusalem al contemplarla desde la colina de Sion, un hurra estrepitoso brotó de los robustos pechos de aquellos valientes soldados, que jamás sintieron los espasmos del miedo ni las convulsivas crispaturas que produce la inminencia del peligro.

Se iba á librar una batalla de aquellas que requieren esfuerzos supremos y voluntad de acero para conquistar el triunfo; pero aquel ejército de vencedores se gozaba más bien ante las dificultades, como los cóndores andinos se apoyan mejor en la dura roca cuando sienten que los golpean los cien brazos del huracán.

Una División del Ejército Nacional, á las órdenes del General Rosendo Medina, ocupaba la ciudad. A la presencia del enemigo, avanzó fuerzas, que hicieron los primeros disparos á más de un kilómetro de distancia.

El General Castro oyó con indiferencia aquellos tiros. En su táctica no entra pelear á un espacio mayor que el alcance de los fusiles. El da la voz de fuego cuando los tiros se aprovechan, y no al toque de *uno y catorce*, á pie firme como las víctimas á quienes se va á fusilar, sino al toque de carga, y avanzando bizarramente sobre el enemigo hasta ponerle las bayonetas en el pecho.

Él dispuso con toda serenidad la batalla. Envió el Batallón JUNÍN por la izquierda; el 23 DE MAYO y medio Batallón del URACHICHE, por la derecha; y por el centro, una Compañía á las órdenes del Coronel Jorge Bello.

Algunas palabras vibrantes y enérgicas que tocaron las fibras del alma, y el ofrecimiento del triunfo como recompensa al

valor, fué el *hasta luego* con que el Jefe Restaurador despidió á aquellos valientes.

Con el arma en balanza y á paso de vencedores, se precipitaron sobre el enemigo. A una cuadra de distancia rompieron fuegos, y á las primeras descargas, aquellas fuerzas de línea fueron á guarecerse en la ciudad. Allí hicieron de ventanas y puertas fuertes atrincheramientos. El fuego era vigoroso y sostenido. Los soldados de la Revolución avanzaban á pecho descubierto. Una lluvia en nuestras montañas parecía el cruzarse del plomo en el espacio. La humareda lo obscureció todo. La ciudad desapareció á la vista, y en aquellas sombras del momento, sólo se veían—como rayos en las nubes de tempestad—los fogonazos de los fusiles.

Aquel ejército andino avanzaba sobre la Ciudad como una avalancha que rueda por las vertientes de los Alpes á estrellarse en la llanura; como una inundación que se precipita sobre el valle llevándose con su empuje cuanto se opone á su paso; como un ciclón que se abre brecha en los bosques, arrancando de cuajo árboles seculares y extremeciendo á la tierra con su fuerza de volcán.

Una hora había trascurrido. Las fuerzas gobiernistas defendían la plaza con bravura y decisión. El terreno no permitía practicar ninguna evolución que acelerase el triunfo. Un empuje denodado, una

carga poderosa era el único medio de desalojar al enemigo de sus posiciones; y la corneta empezó á tocarla con estentóreo sonido, á la vez que el General Castro lanzó por el centro al Batallón Libertador, al que poco después reforzó con el Bolívar, produciendo una ola tan poderosa que aventó al enemigo de sus pocisiones, le hizo volver cara y dispersarse en inaudita fuga.

Una activa persecución lo llevó hasta una legua de distancia, dividido en pequeñas fracciones que se precipitaron por cien mil atajos y veredas.

Sólo un Cuerpo salió en formación, y peleando en retirada. Iba favoreciendo la fuga del Estado Mayor, y el equipaje de su Jefe.

Después de la batalla, el General Castro preguntó por el Jefe de aquel Cuerpo, y supo con placer que era un tachirense, el General Epifanio Entrena, joven tan correcto y culto en los tratos de la vida social como esforzado y hábil en el teatro de la guerra.

Cerca de doscientos maussers de repetición, veinte mil cápsulas, muchos bagajes y noventa y tres presos, fueron el resultado de esta jornada gloriosa, dada á las puertas de Carabobo y á treinta y seis leguas de la Capital de la República.

Se había librado ya una de las dos batallas profetizadas por el Vidente An-

dino desde las cumbres del «Timotes»: faltaba la ótra.

¿Se daría en los contornos de Caracas? No podía saberse; pero al Gobierno le quedaba todavía un ejército, y ese ejército debía combatir.

IX

En la mañana del diez, el General Castro organizó sus fuerzas y ordenó la marcha. El once salió de la pequeña población de Miranda para ir á pernoctar en Bejuma; y el doce, el ejército fué á descansar en Tocuyito.

Allí supo el General Castro la probable aproximación de fuerzas enemigas, y dispuso demorarse dos días, ya para esperarlas, ó ya para prepararse al ataque de Valencia.

Esa tarde recorrió la población y sus contornos, y situó fuerzas en los principales puntos de defensa; y contemplando después su campamento desde una pequeña altura, exclamó lleno de fe: *Creo que Tocuyito se va á hacer célebre en la Historia Patria*».

El trece no ocurrió novedad. El catorce radió un sol brillante y bello. El campamento estaba cerrado. Numerosos soldados, descansando sobre los verdes ces-

pedales, cantaban los aires de su pueblo ó se decían chascarrillos y consejas; los Jefes recordaban, en conversación expansiva y amistosa, los episodios terribles de la Campaña y los momentos sublimes de la victoria.

En la casa donde se hospedó el Estado Mayor, bajo el matapalo que sombrea el patio, se veía un grupo de oficiales, que hablaban y reían tendidos sobre el suelo, forjando sueños de dicha y encantadoras promesas de ventura.

Vino la hora del almuerzo. El sabroso olor de la comida se difundía por toda la casa, y cuando la oficialidad acompañaba al Jefe al comedor, súbito se ven á poca distancia los pabellones gualda, y los reflejos de las armas enemigas, en las cuales rebotan ó se quiebran los rayos del sol.

A una voz, todo el mundo está arma en mano. Se organizan los batallones, se despliega al aire la enseña del iris y el General Castro ojea el terreno para disponer la batalla.

Seis mil hombres, comandados por los Generales Diego Bautista Ferrer, Ministro de Guerra en campaña, y Antonio Fernández, vienen á oponerse al paso de las huestes restauradoras, convencidos de que un ejército que en cuarenta y cuatro días ha caminado ciento treinta leguas y librado tres batallas, no podrá resistir una hora de combate contra una fuerza cuatro veces mayor.

Y tienen razon de creerlo así los Jefes gobiernistas, comparando tan sólo la fuerza física de los ejércitos; pero hay *algo* que ellos no tienen en cuenta; *algo* que supera al poder de los cañones y al abrumamiento del número; *algo* que no puede medirse ni calcularse, pero cuyos efectos constituyen esa aspiración suprema que se llama el éxito; y ese *algo* portentoso y terrible es la decisión de un soldado que va á vencer ó á morir, y la dirección de un Jefe cuyos talentos militares valen por más de una legión.

Cuando el Ejército Restaurador traspasó las fronteras de Los Andes, y empezó á contemplar en lontananza la bruma azul de sus montañas nativas; como los Cruzados al colocar en sus pechos la cruz roja, ó los antiguos castellanos al armarse para combatir á la morisma, juró también por el honor de sus armas, ó llegar triunfante á las puertas del Capitolio, ó dejar sus huesos blanqueando los arenales del camino, para dar testimonio á las generaciones futuras de cómo se lucha por una idea, hasta llegar al Thabor ó al Calvario, hasta gozarse con las satisfacciones del triunfo ó desaparecer en las exacervaciones del martirio.

Va á empezar el titánico encuentro. Pocos minutos, y el mundo presenciará una vez más la victoria del valor sobre el número, la superioridad del genio sobre los

esfuerzos comunes de la naturaleza humana.

X

Entre las cincuenta batallas campales que constituyen el glorioso pedestal de Napoleón I, hay úna que todavía, al través de los tiempos, sorprende y maravilla á la mente pensadora: es Austerlitz.

Luego que se rompió el tratado de Amiens, Inglaterra se asustó con los proyectos del Emperador, y formó una poderosa liga para derribarlo.

Súpolo Napoleón, y puesto al frente de ochenta mil soldados, partió al Norte. En pocos días obligó á sesenta mil austriacos á capitular, invadió al Austria y entró á Viena; y el dos de Diciembre, aniversario de su coronación, se encontró en presencia de los ciento veinte mil soldados que, á las órdenes de los Emperadores Alejandro y Francisco José, estaban extendidos en orden de batalla á los alrededores del Castillo de Austerlitz.

Bonaparte lanza una mirada al terreno, y concibe su grandioso plan.

A la izquierda tiene una llanura, interrumpida por pequeñas elevaciones del suelo; en el centro, una meseta escarpada, coronada por las líneas del ejército ruso; y á la derecha, una extensión pantanosa,

de fangales helados, y dominada por las pendientes rápidas de la meseta, que es el punto principal del campo de batalla.

La víspera de la jornada, Napoleón recorrió sus líneas en las primeras horas de la noche, entre los entusiastas gritos de ¡viva el Emperador! y al reflejo de millares de antorchas que los soldados habían improvisado con la paja de los vivacs.

Desde las primeras horas del día siguiente, empezó á recorrer su campamento, á caballo, y envuelto en su histórico redingote gris. La mañana estaba obscura: nubes de invierno se levantaban por el horizonte, y un manto de neblina, casi de color de plomo, cubría toda la extensión de la llanura.

A las ocho, el cielo se despejó súbitamente, y el sol, como un disco de oro, empezó á alzarse sobre los cerros del Oriente, y á derramar su luz sobre aquellos millares de cascos y bayonetas que habían venido á sustituir el verdor de las hojas y la modestia de las campestes flores.

A un grito general, los fuegos se rompen. Las descargas del cañón van á llevar el terror hasta las aldeas lejanas. Los clarines dan al aire sus toques de mando, y aquel campo, antes hermoso y tranquilo, se trueca en un instante en una máquina de muerte.

Napoleón ha comprendido que en la al-

tiplanicie de Pratzen está el centro de operaciones del enemigo, y quiere sorprenderlo. Despliega á la izquierda las divisiones del Mariscal Lannes, coloca en el centro á Soult, y exprofeso deja casi desguarnecida la derecha, sobre la cual el enemigo lanza la maza de su infantería y numerosos cañones que vienen á atascarse en los pantanales. Entonces el Emperador aprovecha el momento: la meseta de Pratzen ha quedado debilitada con la gente que salió á forzar el ala derecha; mueve las divisiones de Soult y la guardia imperial, trepa las colinitas que sirven de escalones á la altiplanicie, ataca el centro de los rusos, y corta en dos al ejército enemigo con esta maniobra sorprendente.

De allí en adelante la batalla no es sino una inaudita derrota: la caballería huye aterrorizada; la infantería, herida desde lo alto de Pratzen, se sumerge en los pantanales, bota las armas y muere desesperada é indefensa. Los dos Emperadores enemigos se escapan al galope, dejando en el campo de la lid, veinte mil prisioneros, quince mil bajas entre muertos y heridos, ciento veinte cañones y miles de fusiles y banderas.

He aquí, en esta mitológica batalla, el plan desplegado por el Jefe andino, ante la situación de las fuerzas gobiernistas en el campo inmortal de Tocuyito. Todas las circunstancias se presentaron para des-

arrollar el mismo plan; y así, la principal batalla del Genio Francés, con quien tantos puntos de semejanza tiene el Guerrero venezolano, vino á servir también de modelo para la principal batalla de éste.

XI

Tocuyito está en una llanura irregular. Al norte de la población, atraviesa el río del propio nombre. Tiene al nordeste, una colina que domina la extensión, y al noroeste, el cerro llamado Alto de Uzlar.

En medio de estas dos alturas, en puntos dominantes del terreno, hay dos casitas, de las cuales la que está á la derecha se llama hoy Casa Fuerte, porque allí atrincheró el enemigo su artillería, y constituyó el centro de su situación.

El ala derecha del Gobierno ocupó el Alto de Uzlar; el ala izquierda, la colina; y el centro se desplegó en numerosas líneas paralelas, parte de las cuales estaban guarnecidas entre los cañaverales y detrás de los troncos de los ceibos.

Un cuerpo volante de la Revolución acababa de regresar al campamento sin traer noticias del enemigo, que no había podido ver á causa de las arboledas del camino. El Batallón Lara, apostado como centinela, se preparaba á hacer rancho des-

cuidadamente, cuando súbito es sorprendido por las primeras descargas, que lo obligan á ponerse á pie firme y á entrar en combate.

Aquellas descargas electrizaron á todo el ejército. En un segundo, cada quién se presentó fusil en mano, se organizaron los cuerpos, se desplegaron las banderas y se esperó sólo la voz del Jefe para concurrir á la batalla.

El General Castro comprendió rápidamente el plan del enemigo. Aquellas numerosas líneas paralelas tienen por objeto oponerse á las cargas por el centro; y aquella artillería, tan hábilmente colocada, impedir que el ejército restaurador avance, y obligarlo á sucumbir, como los inmolados en el Guadalete, en las playas del pequeño río.

Mas no será así, porque va á destruir ese plan, aun á costa de dolorosos sacrificios. Ha comprendido el dédalo del adversario, y va á demostrar que tiene el hilo de Ariadna con que se penetra en él.

Inmediatamente avanzó al Urachiche para reforzar al Lara, y ordenó al Libertador ocupar el cementerio, con orden de aspillerar las paredes y rechazar allí la derecha del enemigo: otras fuerzas salieron á hacer frente á la izquierda.

El reloj había dado la úna de la tarde. El entusiasmo de las huestés restauradoras era insólito. Por todas partes se oían

vivas al General Castro y á la Causa de su bandera. Este recorría las filas á caballo, inspirando valor y confianza y prometiendo el triunfo como gaje de la lucha.

«En Cordero combatimos contra mayor número de soldados y triunfamos, decía á todo pecho; aquí el partido es igual, porque vamos á pelear con los que allá fueron nuestros vencidos.»

«Soldados! del esfuerzo de hoy depende la coronación de nuestra obra.»

Y aquel ginete eléctrico iba y venía, observando la distribución del parque, examinando los fusiles, leyendo las impresiones del momento en las fisonomías de los soldados, y previendo toda contingencia y llenando de antemano toda necesidad.

En tanto, los fuegos se han encendido á vanguardia con plutónica energía. El encuentro de aquellos primeros batallones es horroroso. Los bravos larenses, como Páez en Carabobo, quieren ellos solos coronar el triunfo; pero la resistencia es feroz: la fusilería enemiga no produce sino un solo estampido; el cañón derrama muerte por doquiera, y las granadas de la ametralladora vienen á estallar en medio de las fuerzas revolucionarias, abriéndose brecha como un rayo entre los tupidos árboles de los bosques.

Un nuevo batallón, el Bolívar, va á reforzar los fuegos. El enemigo cede. La Revolución pasa el río y trepa al llano; pero

al salir allí es diezmada por una lluvia de plomo que le cae de todas partes. El valiente General Chirinos yace en tierra; á su lado exhala el postrer suspiro un denodado oficial; el camino se obstruye ya con los muertos; úno en pos de ótro salen numerosos heridos.

El ESCUADRÓN va á vengar tanta heroica víctima: pelea con insólita bravura: el General Pulido hace prodigios: Prato es un león. El enemigo cede posiciones: pero aquella artillería disparada desde la Casa Fuerte no permite avanzar. El General Pulido se dobla al golpe de una bala, como un cedro que echa á tierra el hacha del leñador; seguidamente cae el General Canelón, espada en mano, y teniendo todavía en la boca la mitad de la palabra *carga;* y detrás de ellos, como para hacerles guardia en ultratumba, caen oficiales distinguidos, y valientes soldados.

El Batallón JUNÍN se une á los restos del URACHICHE para dar una carga. El empuje es formidable. El enemigo es aventado de nuevas posiciones; pero las pérdidas son otra vez sensibles: Emilio Fernández va á tierra, herido por un fragmento de metralla; y más allá queda tendido para no volver á levantarse, el valiente y denodado Miguelón, especie de Fierabrás de las huestes Restauradoras, y ante cuyo pecho las balas siempre habían sesgado el curso.

El General Castro contempla impaciente la rudeza del combate; pero necesita avanzar por el centro hasta poder destruir la artillería contraria.

El enemigo nó puede ser cortado ni por la derecha ni por la izquierda, porque la fuerza que ocupa las alturas lo impide; y puesto que la CASA FUERTE es el Pratzen de Tocuyito; puesto que allí está la defensa del centro; puesto que allí está la clave de la batalla, urge demoler esa fortaleza, y con resolución titánica, nuevamente decide dirigir hacia allí todas las energías de su poder moral, todo el empuje de su fuerza física.

Una idea feliz clarea en su mente. Como en las alas no se ha generalizado la batalla, el LIBERTADOR está demás en el Cementerio, y hay allí una pieza de artillería que debe prestar un eminente servicio. Manda colocar el cañón en un punto de tiro sobre la Casa, y con tal éxito hace los disparos el General Nieves, que el primer balazo despedaza uno de los cañones enemigos, y seguidamente destruye el edificio, ahuyentando á aquella gente, que abandona posición, artillería, pertrechos, armas y todo.

En el mismo instante entra el Batallón LIBERTADOR, y unido al BOLÍVAR, al JUNÍN y al LARA avanzan en una carga portentosa que convierte aquel campo de batalla en uno como mar embravecido en noche de tempestad en los cielos.

El General Castro, haciendo tocar carga, nervioso y febril, se lanza también á lo rudo de la brega, cuando un oficial le sofrena el caballo, y «*No entre, General, que lo matan,*» le dice entre suplicante é imperioso.

¡Cómo! ¿que no entre? A mí las balas me respetan, le contesta; *y hoy, si yo no más quedo, yo solo he de triunfar.*

Y recorre las filas, y multiplica las órdenes, y exalta el entusiasmo, y aviva el combate, y semeja especie de proyectil disparado de una á otra parte, para mantener doquiera la actividad y la fé, la disciplina y el valor.

«*Avance el 23 de Mayo*, grita luego á pleno pulmón: *el enemigo empieza á derrotarse.*» Y aquellos famosos santaneros vuelan á reforzar las filas amigas, precedidos de su invicto Jefe el General Varela, y los fuegos se centuplican, y el furor se enardece, y la lucha se trueca en una como pavorosa tormenta que el solo contemplarla produciría el vértigo y la muerte.

El General Cárdenas fué hasta plantar la enseña tricolor en los arietes enemigos, pero cayó de allí atravesado por una bala que sin embargo le respetó la vida. Varela pelea con la bravura de Anzoátegui en Boyacá, pero una bala lo derriba de su corcel y lo deja herido en tierra.

La lucha, á pesar de éso, sigue cada vez más fragorosa y sangrienta. Aquello ha to-

mado proporciones inmensurables. Ya no es un combate de hombres; es un choque de dos elementos de la naturaleza; es un océano que se ha desbordado sobre ótro, huracánico y rugiente; es el Etna, coronado con su penacho de llamas, y lanzando á todos cuatro vientos ríos de lava y bramidos pavorosos; es el Vesubio el día que sepultó á Pompeya y Herculano, é hizo regresar las ondas marinas que venían á estrellarse á sus faldas; es la lluvia de fuego que cubrió el espacio un día, y devoró en un instante las nefandas ciudades de Pentápolis.

De pronto, quemado por el fuego y ennegrecido por el humo, llega á donde está el General Castro un apuesto ginete: «*General,* le dice, *un refuerzo más y se decide la acción.*»

«*Que entre la mitad del Batallón «Tovar.*»

«*Urge llevarlo íntegro, General.*»

«*¿Me juras no perderlo?*»

«*Lo juro.*»

«*Pues bien, llévalo y vence.*»

Y aquel bizarro ginete, el denodado Geral Dávila, á la cabeza del Tovar, y secundado por los heroicos Pino y Salas, va nuevamente á confundirse en la batalla y á realizar prodigios de audacia y de valor.

En tanto, un incidente desgraciado ocurre en el Estado Mayor. En una caída del caballo, el General Castro se ha lujado un pie. Sus oficiales le rodean para prestarle cuidados y atenciones, pero él los rechaza,

y conteniendo su dolor, continúa dirigiendo la batalla.

Son los últimos instantes del día: la corneta toca carga: la llegada del Tovar ha revivido el entusiasmo: un nuevo esfuerzo hacen aquellas tropas fatigadas por la lucha: todos los oficiales se lanzan al frente de sus respectivos Cuerpos, y aquellas montoneras de enemigos vuelven caras, y la derrota se establece, y los Jefes huyen, y aquel ejército de seis mil soldados se dispersa en diferentes direcciones, dejando armas y pertrechos, y banderas, y cañones, y papeles, y heridos y bagajes.

La onda de la persecución se ensancha: los fuegos se oyen cada vez más lejos. Por fin disminuyen, se apagan, y el campo de combate queda cubierto por un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el ay doloroso de los heridos, los últimos estertores de los agonizantes, el hervir de la sangre al brotar impulsada por la respiración en el pecho de los moribundos, el ruido de los lagartos al salir aún medrosos de debajo de las piedras, el caer de las hojas tronchadas por el plomo y los postreros ecos de la tormenta, repercutiendo en los senos de las colinas lejanas.

Las pérdidas de una y otra parte eran numerosas. El ejército restaurador quedaba convertido en un esqueleto; pero había impuesto ya su fama de invencible, podía descansar tranquilo, que ninguna otra fuer-

za se atrevería á atacarlo. En el camino á la Capital, no encontraría sino arcos de triunfo y las ovaciones que justamente se merecen aquellos afortunados á quienes el éxito corona.

Dos días permaneció el ejército en Tocuyito, y el diez y seis, siguió marcha á Valencia.

XII

Con los últimos disparos hechos el catorce de setiembre, á los postreros resplandores del crepúsculo vespertino, había acabado el proceso de las armas; pero faltaba una nueva campaña para terminar el sometimiento del País; campaña difícil, sometida al talento diplomático, á la habilidad política del Jefe de la Revolución.

El General Luciano Mendoza se encontraba en La Victoria con cuatro mil soldados; Caracas tenía fuerzas en sus cuarteles, y cada Estado de la Unión mantenía un ejército en pie.

Era necesario continuar venciendo, pero con armas más benignas que la espada y el fusil. La prolongación de la guerra hubiera sido un crimen. Ya el suelo estaba harto de sangre, y los cuervos, de carne humana. Un caudillo vulgar habría necesitado llevar la onda destructora hasta los últimos extremos del País: las inteligencias claras

y los corazones nobles tienen recursos de un orden muy superior. Guiados, en los senderos de la vida pública, por el más acendrado patriotismo, llevan el bien común como ley, y la salud de la Patria como suprema aspiración. Matar hombres, arruinar pueblos, no es su bandera, sino hacer triunfar un ideal; y para esa victoria, las más dignas armas son las incruentas del talento y del ingenio.

El General Castro comenzó su nueva campaña dirigiendo al País esta radiosa Alocución:

«CIPRIANO CASTRO,

GENERAL DE LOS EJÉRCITOS DE VENEZUELA
Y JEFE SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN
LIBERAL RESTAURADORA

A LOS VENEZOLANOS

Compatriotas!

Ya en vísperas de emprender marcha hacia la Capital de la República con el objeto de rendir la última gloriosa jornada del patriotismo, os dirijo de nuevo la palabra para ratificaros lo que este gran movimiento popular significa, y para deciros lo que ha hecho y lo que de él puede y debe esperar la amada Patria.

Cuando á fines de Mayo empuñé las armas, á la cabeza de un puñado de andi-

nos, mejor diré, de héroes, obedecí al mandato de la conciencia que me mandaba acaudillar la más enérgica protesta armada contra el torrente de arbitrariedades que había desarrollado un Gobierno llamado á ser estrictamente constitucional. El País estaba ávido de prácticas legales y necesitado de una administración regular, honesta y pura; pero el General Andrade, lejos de atender á tan urgente reclamo, dióse á la ingrata tarea de hacer una política personal, arrebatando á algunos Estados sus Magistrados Constitucionales, imponiendo por sobre las leyes su capricho autoritario, y falseando por último, la base de nuestro sistema, rompiendo la Constitución para llegar al Acuerdo monstruo de 22 de Abril, que violentamente creó las veinte Autonomías y constituyó en Dictador al Presidente de la República.

En vano fué alertado el General Andrade por algunos patriotas, y en vano también veinticinco respetables miembros del Congreso se opusieron á la violencia, porque, cegado por una pasión incomprensible, lanzó el País al borde de un abismo de males, de donde tenía que surgir la guerra con toda su cohorte de calamidades.

Esta gran Revolución Liberal Restauradora, que me ha tocado en suerte presidir, no es pues, el resultado de ninguna ambición personal, sino lamentable consecuencia de aquellas arbitrariedades. Impulsado

por la justicia, ella ha tenido desde su nacimiento un éxito prodigioso; y por fuerza he de reconocer que ese éxito ha tenido por propulsor, el heroísmo del Ejército que me honro en mandar, y por inspiración patriótica, el señalado favor de la Divina Providencia.

Esta Revolución es esencialmente Liberal Restauradora, y precisamente por ser Liberal Restauradora, es que se propone restablecer las Autonomías Seccionales en el seno de la ley; la tolerancia política como único civilizado medio de actividad republicana; la magnanimidad como el mejor trofeo de victoria, y el amplio ensanchamiento partidario, á fin de que nunca tengan los pueblos que ocurrir al medio ruinoso de la guerra para realizar sus ideales y aspiraciones, dando cabida en la patriótica obra del bien común, á todas las personalidades que así lo deseen, y legítimo desarrollo, á todas las nobles aspiraciones.

Desde el heroico Táchira hasta el glorioso Carabobo hemos encadenado la Victoria. Sólo nos falta por rendir la final jornada: á ella asistiremos con la misma fé que nos ha traído hasta aquí.

Compatriotas!

No lo dudéis. Esta Revolución Liberal Restauradora hará la felicidad de la Patria, porque está apercibida de sus quebrantos, de sus dolores y de sus necesidades. Vamos

á restablecer el respeto á la ley, la veneración al hogar, el respeto á la propiedad, la práctica de los principios republicanos, la franqueza política, la tolerancia á todas las opiniones, la pulcritud fiscal y el progreso en todas sus manifestaciones. Sólo de esa manera habremos correspondido á la franqueza de los pueblos, y acabado para siempre con los poderes arbitrarios y con los odios banderizos que hacen la desgracia de la República y convierten á los ciudadanos en verdaderas bestias feroces.

Compatriotas!

Ya nos acercamos al Capitolio. Al trepar á esa augusta altura, juremos proceder como hombres patriotas, como hombres civilizados, como hombres de bien.

Cuartel General en Valencia, á 25 de setiembre de 1899.

CIPRIANO CASTRO.»

En esta ciudad, al mismo tiempo que esperaba la curación del pie lujado, laboraba incansable para asimilarse elementos de todos los partidos militantes; y pocos días después, Luciano Mendoza le presentaba sus fuerzas, venían á incorporársele los alzados del Guárico y Carabobo, y multitud de personas distinguidas le ofrecían únas sus espadas, ótras sus plumas, y todas su admiración y su lealtad.

Con estos triunfos se dirigió á la Capital, é hizo su entrada en ella, en la tarde del veintidos de Octubre.

El veinticuatro dirigió al País esta memorable Alocución:

«CIPRIANO CASTRO,

GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DE LA REPUBLICA,
JEFE SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL
RESTAURADORA Y EN EJERCICIO DEL
PODER EJECUTIVO NACIONAL.

Á LOS VENEZOLANOS

Hace hoy cinco meses que nuestras armas, victoriosas en LA POPA y TONONÓ, dejaban presentir que el ejército del Táchira marcharía de triunfo en triunfo á la Capital de la República: hemos vencido; hemos dado amplia reparación á la majestad de las instituciones y á la honra nacional, sellando el proceso harto vergonzoso de nuestras guerras civiles.

Podemos decir que la Campaña armada está terminada ya, pues se ha inaugurado un Gobierno que es el renacimiento de la República y cuyo programa puede sintetizarse así:—

Nuevos hombres.
Nuevos ideales.
Nuevos procedimientos.

Comienza la labor administrativa, quizá

más cruda que la labor guerrera y para la cual reclamo el contingente de todos los hombres de buena voluntad.

Hacer efectivo y práctico el programa de esta Revolución, y demostrar ante propios y extraños que los sacrificios heroicos consumados hasta hoy no han sido estériles, será, sin dudas ni vacilaciones, el lema de mi gobierno. De este camino no podrá apartarme nada ni nadie; y si por desgracia para la Patria quisiera el Destino que, á pesar de mi mejor disposición para hacer la felicidad de todos los Venezolanos, injustificadas y nuevas conmociones viniesen á entorpecer la marcha serena de la Administración, os declaro, con la sinceridad que me es ingénita, que sucumbiré en la lucha sin desviarme una línea del camino del honor y del deber.

Soldados del Ejército Liberal Restaurador!

Esta es vuestra obra: debéis estar orgullosos de ella y prontos á cuidarla para que os hagáis dignos del alto renombre que habéis conquistado en la Historia.

Caracas: 24 de Octubre de 1899.»

Por primera vez, después de medio siglo, oía hablar el País de la unidad nacional.

Luchas infecundas, nacidas más de ambiciones personales que de oposición de ideas, habían venido rasgando la honra

de la Patria durante muchos años; años que pueden contarse por los errores políticos cometidos y las injusticias consumadas, y que suman las energías secuestradas al trabajo, al progreso, á la civilización.

Caudillos obscuros, incapaces de la grandeza y de la gloria, habían solevantado á las masas populares con promesas mentidas y seductores halagos; y el pueblo, ávido siempre de bienestar, había concurrido á los campos de batalla á derramar allí su impoluta sangre, sin esperanza de que ese suelo fecundado por tan precioso rocío brotase nunca ni un fruto ni una flor.

Una agitación estéril concentraba la actividad de la Nación: la guerra lo absorvía todo: había tantos partidos políticos cuantos gamonales: los desafueros de la ambición eran el ideal supremo, y en tanto, morían todas las fuerzas vivas del País; agonizaba la agricultura por falta de brazos; sucumbía el comercio por imposibilidad de relaciones; cerraba sus alas la Ciencia, y huía de nuestros santuarios; la Justicia ocultaba con vergüenza sus desnudeces, y no había derechos para el ciudadano, ni respeto para los hogares, ni tranquilidad para las familias, ni paz, ni leyes, ni seguridad, ni nada.

En ese momento sociológico, el Conductor de la Restauración se irgue sobre el

pedestal de sus energías, rasga los polvorientos trapos de los núcleos banderizos, domina con férrea mano al Caudillaje histórico, proclama los eternos principios del derecho republicano, asesinados en nuestra propia Constitución por estultos mandarines, y convoca á todos los Venezolanos á reunirse en torno al Gobierno para laborar por el bien común, para levantar la dignidad de la Nación, para implantar las conquistas del progreso, para derramar por todas partes la luz, para hacer á la Patria grande, venturosa y rica.

Esa es la obra de la Restauración y éso lo que quiere su ilustre Jefe. Cerrar la éra de las discordias civiles y abrir el período de la paz, del orden y del bien; que no haya más lágrimas del pueblo, ni más injusticias de los poderosos; que no se extorsione más á la conciencia ni se tiranice al pensamiento; que el País viva la vida de la honra y se conquiste los laureles que la justicia le reclama.

X

Con su entrada á la Capital, terminó esta brillante Campaña que perdurará en los fastos del militarismo venezolano.

Había sido un vuelo de águilas, que,

partiendo de las riberas del Táchira, fueron de cumbre en cumbre hasta posarse en las almenas del Capitolio.

El País contemplaba atónito aquel esfuerzo de estrategia y de valor.

Habían renacido los gloriosos tiempos de Carabobo y Las Queseras.

Venezuela despertaba del sueño de medio siglo al paso portentoso de un genio militar.

Una nueva página se abría en el libro de nuestra Historia, y concurrían á escribir esa página todos los hombres de bien.

Los antiguos partidos políticos espiraban con sus pequeñeces y sus miserias; y de sus cálidas cenizas—como una aurora de redención—surgía la bandera de la Patria, que con sus tradiciones de gloria y sus augurios de grandeza, recordará siempre á los Venezolanos el cumplimiento de esta divina imposición: el deber.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES

I

La barbarie fué el imperio de la fuerza.

En esa impenetrable noche de la humanidad, en que todas las facultades del hombre estuvieron eclipsadas por el instinto feroz, sólo hubo una figura que se irguió hasta sobresalir en las capas sociales: el fuerte; y una víctima expiatoria sobre la cual se cargó el peso de todas las iniquidades públicas: el débil.

Allí la vida fué amarga como la deses-

peración, y el placer mismo punzó como espada.

No hubo ideales para el espíritu, porque el pensamiento estaba asfixiado, y la conciencia, muerta. No hubo equilibrio social, porque las castas ahogaron la igualdad entre los hombres.

El delito, como Euménide iracunda, fué la única antorcha que iluminó el seno de las agrupaciones, y la injusticia, en toda la insolencia de su criminalidad, fué el único nexo entre los asociados y la única Egeria que insufló las inspiraciones de la existencia.

En esa noche sombría, que fué el desconcierto de la razón y el trastorno de las ideas; donde no hubo más ley que la violencia, ni más derecho que la voluntad del poderoso, pudo muy bien surgir la guerra, para ser el árbitro de los pueblos y el supremo regulador de los intereses humanos.

Pero la aurora de la Civilización clareó al fin, y empezó á emerger la luz por todos los horizontes de la tierra y á esplender en todas las profundidades del alma; y el derecho se impuso como soberano; y fué la justicia la norma de los procedimientos; y la libertad, la esencia de nuestro sér; y el bien, el objetivo de nuestras aspiraciones, y entonces la guerra, resto de la barbarie, fué subrogada por los debates de la inteligencia, y sustituyó á la fuerza la razón, y en vez de la espada, que escribe con

sangre humana y con cadáveres el triunfo de sus conquistas, vino la pluma, que deja en el papel luz; en la mente, verdades; en el estadio de la lucha, ideas; y en el campo de la vida, los elementos con que se construye el edificio de la Civilización......

Pero puesto que aun hoy la guerra es un hecho social, el derecho permite ocurrir á ella, mas sólo en las situaciones últimas, y siempre que la honradez presida á las operaciones militares, de modo que la sociedad se resienta lo menos posible y los intereses públicos no sean heridos sino ante una suprema necesidad.

Dadas nuestras teorías políticas de República democrática, podrá un día levantarse indignada la mayoría del pueblo para derrocar á un gobernante perjuro, que haya violado las mismas Constitución y Leyes que juró cumplir; que haya mancillado el honor de la Nación y hecho trizas la bandera que es el símbolo glorioso de la Patria; pero esa misma revolución tendrá grandes é impretermitibles deberes qué llenar, y tremendas responsabilidades ante el mundo y ante la Historia: ella no podrá alimentar la guerra sacrificando las garantías que constituyen la dignidad del ciudadano, ni destruyendo la riqueza y las obras de ornato y de progreso del País, ni autorizando las escandalosas extorsiones y tropelías que caracterizan al desorden, porque no es dable corregir al derecho sino con el

derecho, ni fundar la moralidad de una administración, sobre la inmoralidad y el delito.

En este sentido, la Campaña de 1899 está defendida ante el porvenir. Ella deja altos ejemplos qué aprender y prácticas hermosas qué admirar; ella ha enseñado cómo puede civilizarse la guerra, si posible es decirlo, y hacer que del rudo pecho de Marte broten también rasgos de caballerosidad y de hidalguía, de abnegación y de bondad.

En setiembre de 1899, el Ilustrísimo Obispo de Mérida denunció ante el Presidente de la República, en notable documento oficial, las exacciones y desafueros cometidos por el Ejército Nacional á su paso por la Cordillera, á la vez que encomiaba la conducta observada por las fuerzas de la Revolución. Esas palabras en boca de un Pontífice de la Iglesia, y autorizadas por el informe de numerosos individuos de todos los círculos políticos, son un título de orgullo para el Jefe de la Restauración y una invalorable presea para su pecho de militar.

El Ejército de la Restauración no se levantó sino para ir á los campamentos y vencer. Su misión no fué el pillaje; ni su bandera, la destrucción; ni sus ideales, el atentado á todo derecho: por eso atravesó el País conquistando legítima fama y dejando doquiera imborrable admiración.

Esa es una elocuente enseñanza para el

porvenir, ya que el paso de fuerzas en Venezuela, era el paso de los bárbaros de Atila; y ya que las pasiones políticas habían hecho creer al soldado que su categoría militar lo autoriza para rasgar todas las leyes y cometer todos los crímenes. Delitos que se deben muy principalmente al predominio durante largos años, de caudillos vulgares, nacidos los más en la zahurda de la infamia y educados en las tabernas y garitos, sin más ideal que vivir de lo ajeno, y sin más aspiraciones que levantarse sobre un pedestal de sangre para dominar á las multitudes por el espanto y el terror.

II

«Enemigos de mi pueblo son todos los malos hijos que propenden á su ruina,» escribió La Bruyère.

«Atrás! asesinos de mi Patria, vosotros los que venís á destruirla,» dijo á los demoledores populares Condorcet.

«Desconfiad de cuantos van por calles y caminos gritando ¡Patria! ¡Patria! y destruyendo á la vez todo lo que constituye su riqueza y embellecimiento,» exclamaba Silvio Péllico.

He aquí el medio infalible para reconocer á los patricidas en el campo de nuestras revueltas públicas.

La Patria no es tan sólo la tierra en que nacimos, sino todo lo que moral ó físicamente está adherido á ella.

Una revolución que demuele un edificio público ó arrasa la hacienda de un adversario, es á la Patria á quien ha defraudado en el valor de ese edificio ó de esa hacienda, á la Patria á quien ha causado el daño y llenado de baldón.

Sólo la estulticia y la maldad combaten contra los bienes: la inteligencia y el valor luchan contra las ideas y contra los hombres.

La destrucción no es la obra del bien: él transforma y edifica, pero jamás destrona.

El progreso va á las ruinas para hacer surgir de allí dombos y palacios; pero no se acerca á los palacios para convertirlos en ruinas. Y las revoluciones armadas que no están inspiradas en el bien y que no tienen por fin un progreso, son tan sólo motines de bandoleros que se asocian para dar más solemnidad al delito y derivar mayor fruto de la expoliación.

El General Castro, como revolucionario, jamás demolió un puente ni un viaducto; ni entró en su táctica incinerar un archivo, despedazar una imprenta ó deshacer una oficina pública.

¡Cómo! reducir á cenizas un archivo, que contiene el testimonio de todos los actos civiles, que da fé de lo pasado y garantiza la estabilidad del porvenir?

¡Cómo! convertir en pedazos una imprenta, ese estereotipador del pensamiento humano, ese soldado de la Civilización que combate por la luz, por la razón y por la ley?

¡Cómo! derribar á hachazos de los muros de una oficina, el cuadro que contiene la proclamación de nuestra Independencia y los retratos de esos próceres ilustres que murieron por darnos Patria y Libertad?

No! él jamás imitó á esos bárbaros, á esos suevos y alanos de los tiempos modernos que en nuestro País venían dejando sangre como huella y desolación como rastro.

El, antes bien, utilizó para sus evoluciones militares las redes de teléfonos, dictó sus órdenes por los telégrafos y condujo sus ejércitos por los ferrocarriles de la Nación, convencido de que estas obras, cuidadosamente conservadas, prestan servicios que equivalen á triunfos y facilitan operaciones que se reputan como victorias.

Así procede un revolucionario que va impulsado por la atracción del patriotismo; que siente palpitar dentro del pecho la fibra del deber; que no lleva otro móvil sino la victoria del derecho sobre el abuso y la arbitrariedad.

III

En las revoluciones armadas suele cometerse un delito que espanta á la razón y deshonra el brillo de una Causa.

En las Repúblicas democráticas, está dentro de los límites del derecho, que la mayoría del pueblo se levante un día para echar por tierra un despotismo tiránico y oprimente; pero que una docena de ambiciosos vulgares levanten en cualquier momento la bandera de la rebelión, y para formar ejército ocurran al reclutamiento forzoso; que vayan al hogar sencillo para arrebatar de allí al hijo honrado, al padre bueno, al esposo amante, y dejen sumidos en llanto aquellos inocentes pequeñuelos, aquellas madres santificadas por el amor y aquellas esposas que tal vez acaban de recibir en el templo la bendición nupcial, y que aún ostentan sobre la sien el níveo velo y la diadema de blancos y frescos azahares?

Si tales Caudillos no cuentan con la mayoría del pueblo ¿cómo pretenden legalizar su insensata rebelión?

¿Acaso en las Repúblicas prevalece el voto de las minorías?

Y si una revolución tiene por objeto libertar á un País, reivindicar derechos conculcados y desagraviar á la justicia vilipendiada ¿cómo empieza por arrebatar la

libertad personal á modestos y honrados labradores, obligándoles á llevar un fusil y á dispararlo sobre el pecho de magistrados para quienes ellos no tienen sino respeto y obediencia?

¿Cómo principia por violar el hogar ajeno y arrebatar á los infelices el fruto de su trabajo, por raparles el buey que les acompaña en sus labores, la mula que les conduce los frutos al mercado, la vaca que les provee del alimento de la familia?....

Probado queda en las páginas de este libro que el Jefe de la Restauración jamás tuvo en su ejército un solo recluta, y que antes bien, repetidas veces exitó á sus soldados á retirarse si no se sentían con una voluntad firme de continuar arrostrando los peligros de la campaña.

Es así como debe proceder un Caudillo: lo contrario es destruir la República, y una revolución que comienza por destruir nuestro sistema político, es tan enemiga de la Patria como la más monstruosa y feroz de las tiranías.

IV

Existen dos cosas que la naturaleza misma se rechaza á reunirlas en pecho humano: la crueldad y el valor.

El asesino no hiere sino en la sombra,

porque no tiene la entereza que se necesita para atacar á la luz.

El tigre se oculta tras un árbol para asechar á su víctima: el asesino la hiere por detrás, ó la espera á la vuelta del camino.

Un militar de valor se complace á la vista del adversario, y sonríe ante el peligro; el cobarde huye del campo raso y se embosca para matar á mansalva.

El cobarde es la deshonra de la carrera de las armas.

El, cuyo nombre no debiera sonar en los campos de batalla, tiene, sin embargo, sus páginas en la historia de la guerra. El ha intoxicado las aguas potables para envenenar á su enemigo; él ha incendiado las poblaciones para hacerle sucumbir en medio de las llamas; él ha izado la bandera contraria para herirle con el puñal de la perfidia y del engaño; él lo ha victimado penetrando en su campamento con pendón parlamentario y con cruz roja; él ha fusilado á los prisioneros y ultimado á los rendidos; él ha adiestrado tiradores para disparar expresamente sobre los Jefes contrarios; y él, en la antigüedad, compró los mensajeros de Viriato para que lo asesinaran; en la Conquista de América, venció á Guaicaipuro incendiándole la casa en que se hacía fuerte; y en el siglo último, se disfrazó de mendigo para matar á Lincoln, ya que no pudo ven-

cerlo en los campos donde se debatió el proceso de la esclavitud norteamericana.

La Campaña de 1899 no tiene una sola mancha en este sentido. El General Castro venció siempre por el prodigio de su valor y la fuerza de su talento; y fué generoso hasta la prodigalidad y noble hasta la grandeza del alma.

En LAS PILAS quedó herido y prisionero el General Leopoldo Sarría, y no sólo lo trató con todas consideraciones, sino que luego lo puso en libertad, haciéndolo acompañar hasta tierra colombiana para que de allí pudiera más fácilmente dirigirse al seno de los suyos; en EL ZUMBADOR cayeron también en poder suyo los Generales Silverio, León y Bello, á quienes inmediatamente dió generosa libertad; y en TOVAR no sólo hizo lo mismo con los prisioneros de guerra, sino que hasta dejó al frente de aquella ciudad, al General Emilio Rivas, Jefe de las fuerzas vencidas, pero en quien reconoció á un militar valiente, pundonoroso y digno.

Después de las batallas, su hospital militar fué también el de los heridos del adversario, á quienes hizo tratar como á los suyos propios; y en ninguna parte escatimó nobleza ni quedó atrás de ótro en hidalguía y humanidad.

Los grandes Capitanes, hasta en épocas bárbaras, fueron siempre generosos con el adversario. Después de la batalla de Ifisso,

Alejandro colmó de atenciones á la infortunada familia de Darío; y habiéndele dicho un día su prisionero Poro que quería lo tratase como á Rey, no sólo lo trató así, sino que le devolvió su reino y lo hizo su amigo; y César lloró cuando le presentaron la cabeza de Pompeyo, y como protesta contra tan infame delito, castigó con la horca á los barqueros que lo asesinaron.

Un día dispuso Bonaparte fusilar al príncipe de Hatzfeld, por haberle cogido una carta que le delataba como traidor al ejército francés.

La esposa del infortunado príncipe voló á justificarlo, en la creencia de que había sido víctima de una calumnia.

Señora, le dijo el Emperador; *el crimen es sobrado cierto. Lea usted, y juzgue por sí misma; y le entregó la carta.*

A la vista de tan terrible documento la princesa se deshizo en llanto.

Señora, le dijo Bonaparte condolido: *tranquilícese usted: aún hay fuego en la chimenea y la carta está en sus manos.*

La señora se rehizo al punto, incineró la carta y voló ella misma á detener la ejecución y á anunciar la libertad á su marido.

Sí, sólo la cobardía es cruel y ruin.

El valor es una virtud excelsa, que jamás anida en corazones bajos.

Cuando el deber le impone inflexibili-

dad es inexorable; pero cuando tiene cabida el perdón, es generoso.

Las crueldades de nuestras guerras civiles, sólo son obra de la ignorancia y de la maldad. Hasta en las guerras internacionales, los militares valientes han dejado brillantes ejemplos de la alteza de sus almas.

En las Cruzadas, el bárbaro Saladino y Ricardo Corazón de León llenaron la historia con las maravillas de su valor y de su nobleza.

Un día, el Archiduque Carlos encontró en el camino, casi próximos á sucumbir, á varios soldados austriacos á quienes había desamparado su Coronel. Al punto ordenó abandonar algunos cañones, y que en los carros en que iban éstos fueran conducidos los enfermos: «La vida de un valiente, dijo, vale más que cincuenta piezas de artillería.» Más tarde, aquellos cañones cayeron en poder de Moreau; pero al saber por qué causa habían sido abandonados: «Dejadlos, dijo á sus subalternos: no seré yo tan bajo para aprovecharme de una ventaja debida á la humanidad de mi enemigo.»

Y la víspera de una de sus grandes batallas, habiéndose internado Bonaparte en un bosque para practicar por sí mismo una inspección, llegó hasta donde estaba un viejo austriaco, centinela del enemigo, quien, en vez de alertarlo ó de disparar sobre él,

se limitó á decirle con voz noble y llena: «Emperador, ese no es vuestro puesto.»

Páginas bellas que son como luminares de la Historia.

Rasgos sublimes que son aureola del hombre.

V

Termino, en momentos de grandes y halagadoras esperanzas para la Patria.

La Restauración se ha consolidado definitivamente.

Un gobierno fuerte é ilustrado preside los destinos del País.

Al redor del Capitolio se dan cita todos los hombres de bien.

Grandes problemas se presentan á la consideración pública.

Sólo se necesita que el árbol de la paz extienda sus fecundas ramas por todo el territorio de la Nación.

Venezuela está llamada á sorprender al mundo por sus conquistas en el camino del progreso y por su concurso de luz en el gran día de la Civilización. Colocada por la Providencia al frente de las Repúblicas suramericanas, ella debiera ser—como el penacho blanco del bearnés—el faro que les indicase la tierra de promisión de su grandeza y de su gloria. Y todo lo tie-

ne para desempeñar este destino sublime: una extensión inmensa de costas, besadas por un mar que la ponen en comunicación con todos los países del mundo; un suelo rico, en cuyas tres zonas derraman abundancia todos los tesoros de la tierra; climas paradisíacos, á cuya acción la vida se prolonga hasta más allá de los linderos del sepulcro, donde la mente concibe con clarísimo despejo y el corazón palpita libre al impulso de todo sentimiento noble y bello: aquí el talento es sol, y la grandeza de alma, timbre de legítimo orgullo; la laboriosidad es un instinto que nace con el hombre; el valor y la honradez, alas con que vuela á las alturas hasta el más plebeyo corazón; y la caballerosidad y la nobleza, hábitos con que se distingue en todas partes el ciudadano de Venezuela.

Sólo necesitamos paz, para ser la Gran República del Sur: paz, para que la acción del Gobierno sea benéfica; paz, para que el trabajo despliegue sus cien brazos de titán; paz, para que la Ciencia redima de los errores de la ignorancia; paz, para que el cuervo del dolor huya de nuestros lares, y venga la dicha á posar su tibio beso sobre nuestras frentes fatigadas por la rudeza de la incesante lucha.

¿Seremos tan estultos para dejar el camino de nuestra gloria y hundirnos en el fango de irreparable infortunio?......

Cerremos ya el libro de nuestras revueltas civiles.

A la sombra de la paz todo florece.

La República no vive sino de las prácticas del civismo.

El equilibrio social es la base del bienestar público.

La paz es la fuerza y la riqueza de las Naciones.

Solemnicemos ya el gran día de la paz.

FIN